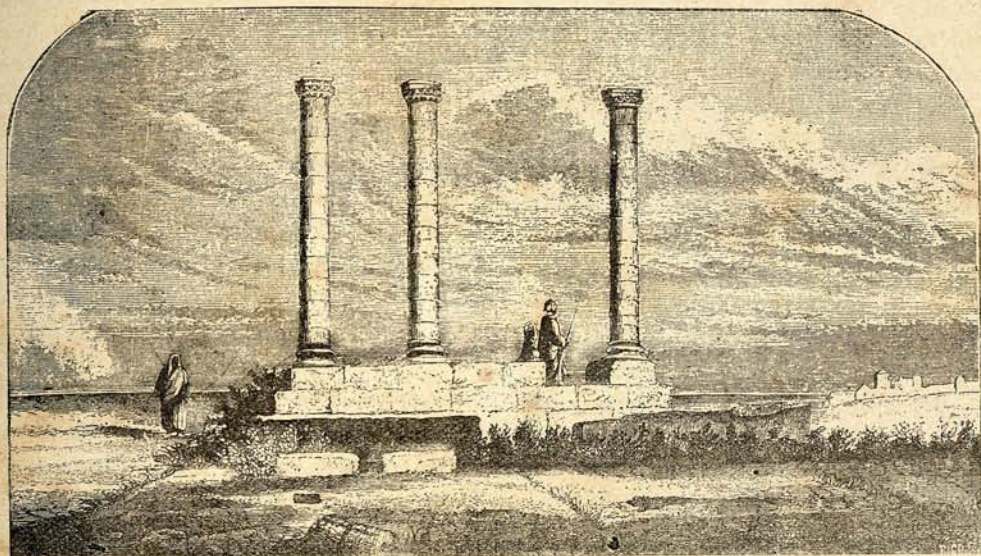


estaciones, con la distancia de una á otra, sin entrar en ningún pormenor, poco más ó menos como nuestros libros postales; pero los segundos no se contentaban con insertar los grandes caminos y otras principales rutas, sino que añadían el nombre y extensión de las diversas provincias, el número de sus habitantes, las montañas, el curso de los ríos y los mares cercanos.

Entre los primeros poseemos la obra conocida con el nombre de *Itinerario del emperador Antonino*; pero es difícil creer que semejante obra, tal como la vemos, pertenezca á los tiempos del príncipe cuyo nombre lleva, porque se encuentran en ella algunos sitios que no fueron conocidos hasta el reinado de sus sucesores. Sin embargo, los diferentes manuscritos señalan por autor, ó pro-



ductor de la empresa, unos á Julio César, otros á Caracalla, otros, por último, á Teodosio; y por el examen de dicho *Itinerario* se ve que está sacado de los antiguos y nuevos cuadros de caminos, del que se han publicado sucesivamente nuevas ediciones. Algunos sabios han pensado que el *Itinerario*, tal como lo poseemos, fué recopilado por *Æthico*, porque la cosmografía del imperio romano de este autor está frecuentemente colocada al frente del *Itinerario* en los manuscritos, y citan además el testimonio de dos sabios de Franconia, de los siglos décimo y undécimo, que atribuyen esta obra á dicho autor. Pero las opinio-

nes de los críticos con respecto á su obra varían de una manera particular; mirándola unos como una simple copia de la de *Julio Orator*, y muy poco digna de atención; mientras que otros pretenden probar que su trabajo había sido más circunstanciado, y que no poseemos más que un mal compendio. Ignórase igualmente á qué época pertenece el *Itinerarium Hierosolymitanum*, fragmento que señala muy detalladamente el camino de Burdeos á Jerusalén, y que Mannert cree que era un derrotero dado á algún funcionario que viajaba con misión imperial.

A la segunda clase de itinerarios per-

tenece la llamada *Tabla de Peutinger*, que Scheyb hizo grabar, en 1753, valiéndose de un ejemplar manuscrito de la biblioteca imperial de Viena, que había pertenecido á Conrado Peutinger, de Augsburgo, y á la que añadió un juicioso comentario. Scheyb atribuye esta tabla al emperador Teodosio I, y cree que fué compuesta en el intervalo de 368 á 396. Las pruebas en que funda su opinión no convencieron á Mannert, que en una memoria muy erudita ha demostrado casi completamente que el origen de este mapa asciende á la época del emperador Severo, ó al año 230 de J. C., aunque la copia que existe hoy día se debe á los ocios de un monje del siglo trece. Es probable que de este mapa se hayan hecho muchas ediciones; y, admitida esta suposición, es casi imposible determinar su época; pero lo que parece cierto es solamente que no debieron publicarse monumentos de esta clase después de la caída del imperio romano de occidente. El principio de este mapa se ha perdido, faltando Portugal, España, la parte occidental del África é Inglaterra, á excepción de la costa del sudeste; pero en desquite contiene el extremo más distante del Asia hacia el este, hasta el punto á que se extendían por aquella parte los conocimientos de los romanos, el país de los *seros*, la desembocadura del Ganges, la isla de Ceilán, prolongada del este al oeste, conforme la opinión de aquella época; á todo lo cual se han de añadir varios caminos trazados en el centro de la India. Pero los países marcados en este mapa no están colocados siguiendo su posición geográfica, sus límites respectivos y su grandor real, sino puestos arbitrariamente unos después de otros de oeste á este, sin atender á su figura ni á su longitud y latitud, determinadas ya por otros geógrafos. Para formarse una idea más clara de este mapa, bastará de-

cir que, según Scheyb, tiene esta tabla veintiún pies y un cuarto de longitud (medida de Viena) y sólo un pie de ancho; y que además de la determinación de los caminos, conforme al intento principal del autor del mapa, se hallan indicadas las grandes montañas, el curso de los ríos principales, los lagos, los contornos de las costas marítimas, los nombres de las grandes provincias y los de las naciones más importantes.

Mientras los señores del mundo limitaban sus esfuerzos en geografía á hacer componer estos itinerarios, que servían de guía á los ejércitos, y cuya posesión era para los particulares un crimen de lesa majestad, dos astrónomos griegos pensaron en los medios de dar bases científicas á la geografía. El primero fué *Marino*, natural de Tiro, que vivía hacia el año 100; el otro es el inmortal *Ptolomeo*, que, según la opinión más probable, floreció en tiempo de los dos Antoninos, desde el año 140 hasta el 170. La obra de Marino sólo es conocida por los extractos que da de ella Ptolomeo; y la geografía de este último, tal como ha llegado á nosotros, sólo es un cuadro elemental y matemático, donde se determinan la figura y grandor de la Tierra y la posición de los lugares, no haciendo más que indicar la división de los países, añadiendo muy pocas veces alguna nota histórica. Se ha pensado, con algún fundamento, que Ptolomeo había compuesto un texto histórico más detallado, que se habrá perdido; pero sin razón alguna han pretendido muchos sabios considerar la obra existente como una recopilación hecha en tiempos posteriores por medio de notas sueltas y enteramente distintas del original, pues el orden que reina en ella hace inadmisibles estas suposiciones. No es decir que el texto de Ptolomeo se halle exento de algunas adiciones posteriores, entre otras la que Gossellín ha

hecho notar comparando entre sí los manuscritos griegos y latinos, y que es relativa al artículo del Mediterráneo, para el cual, en los antiguos tiempos, Ptolomeo era el guía universal de los marinos, que tenían la costumbre de corregir en sus ejemplares los errores que advertían; pero, haciendo cada uno observaciones y correcciones diferentes, llenaron los manuscritos de muchísimas variantes, muy numerosas en los griegos con respecto á las costas orientales, y en los latinos con respecto á las occidentales. Además, estos últimos contienen una infinidad de lugares que Ptolomeo no podía conocer, y que no se encuentran en los manuscritos griegos. Comparando los numerosos cambios que ha sufrido esta obra, puédesse suponer que diferentes partes, por ejemplo una porción de Italia, la Morea, las costas del Asia Menor y el mar Negro, están enteramente refundidas.

El texto de Ptolomeo ha sufrido todavía nuevos cambios por la negligencia de los editores. Después de varias ediciones latinas, basadas en la traducción latina de *Angelo*, y entre las cuales se distinguió la de *Nicolao Donis*, y después que Pico de la Mirándola envió un manuscrito griego que suministró algunos nombres griegos para la edición que publicó el doctor Aesler, se vió últimamente al célebre Erasmo publicar el texto griego completo, valiéndose de un manuscrito que poseía el médico Fettichius; pero esta edición, origen de todas las demás, ofrece una gran confusión en las cifras, debida al corrector ó impresor, que sustituye frecuentemente al signo griego que denota un *medio* el que designa un *sexto*, y otras veces equivocan dos letras que valen *dos tercios* con una que sólo tiene el valor de *un tercio*. Tales errores, repetidos con harta fidelidad y aumentados con nuevas faltas, hasta en las más

lujosas ediciones, deben hacer considerar á Ptolomeo como un autor que no es conocido todavía, y que no se podrá apreciar debidamente hasta que los mejores manuscritos de su obra, sepultados en los archivos literarios, sean debidamente compulsados.

Hay, sin embargo, en la geografía de Ptolomeo, errores fundamentales, errores enormes, y que sin duda alguna le pertenecen. Generalmente aleja demasiado, por la parte del este, del sur y del norte, las tierras que conocía, y que desde luego, aun ateniéndonos á la dirección hacia el oriente, vemos al Mediterráneo ocupar, según él, una extensión de 20 grados más de los que debe tener, y esto en un tiempo en que este mar era el que mejor conocían los griegos y los romanos, que lo recorrían incesantemente. Las bocas del Ganges están colocadas en más de 46 grados más distantes del oriente de lo que debieran, diferencia que reducida á medidas modernas constituye un error de más de *mil doscientas leguas*, ó sea la octava parte de la circunferencia del globo.

Estos errores, en una obra que por otra parte encierra los conocimientos más extensos que griego alguno haya alcanzado en geografía, sólo pueden depender de las *medidas* empleadas por Ptolomeo; bien que sobre esto se presentan dos opiniones, igualmente defendidas con mucha erudición, y entre las cuales no hay que escoger.

Gossellín, que estima todos los mapas de los griegos como copias que se habrían hecho de uno de proyección plana sin entenderlo, y sin conocer las reglas según las cuales se proyectó el mapa, aplica esta hipótesis á Ptolomeo, del mismo modo que á Estrabón y Eratóstenes, y pretende demostrar que Ptolomeo ha cometido tamaños errores por haber desconocido la extensión que debía dar al

grado de longitud: «seducido por la autoridad de Posidonio, ha rechazado este geógrafo la antigua valuación conservada por Eratósthenes, que convenía únicamente al mapa que consultaba, y ha despreciado la graduación que abrazaba 700 estadios por grado, para sustituir la que le daba solamente 500 estadios. Ha disminuído, pues, por estarazón, todas las longitudes de *dos séptimos*; puesto que, ocupando los grados un espacio menor en el terreno, han debido multiplicarse proporcionalmente en su mapa, y han pecado por excesivas todas las longitudes aparentes, siéndolo cada vez más á medida que se adelantaban hacia el oriente.»

Para hacer desaparecer este segundo error del mapa de Ptolomeo, y establecer en él la graduación que le correspondía antes de alterarla, sólo se necesita, según Gossellín, dividir las medidas obtenidas por el método precedente, del mismo modo que hemos dividido las de Eratósthenes y de Estrabón, esto es, por 700 estadios, que es el valor hipotético del grado de longitud que sirvió de unidad para la formación de estas medidas, y el resultado nos dará una graduación muy aproximada á la que conocemos ahora.

Un ejemplo aclarará esta hipótesis.

Ptolomeo deja 146 grados de intervalo entre el cabo Sagrado de la Iberia y la desembocadura oriental del Ganges: se ha engañado, pues, según nuestros observadores modernos, de 46 grados 36 minutos 15 segundos; pero estos 146 grados, reducidos á estadios, á razón de 500 por cada grado, dan 73,000 estadios; y si este número de estadios lo reducimos á grados, á razón de 700 por cada uno, darán 104 grados 17 minutos 8 segundos, y el error del mapa que copiaba Ptolomeo será sólo de 4 grados 53 minutos 23 segundos,

Mannert, que mira la geografía de Eratósthenes como fundada en observaciones verdaderas, pero imperfectas, y que no admite en este geógrafo ni en Estrabón otro estadio que el olímpico de 600 grados, pretende que Ptolomeo, no contando más que 500 estadios por grado, ha supuesto, conformándose con Posidonio, la circunferencia real del globo menor de lo que habían creído sus predecesores; de lo cual resultaría una diferencia de un sexto. Luego, admitiendo que Ptolomeo se ha valido de algunas observaciones astronómicas muy groseras para determinar la longitud de los lugares ó su posición de occidente á oriente, está convencido de que este geógrafo ha determinado casi todas sus posiciones según las medidas itinerarias tomadas geoméricamente, y que por consiguiente eran de ordinario demasiado grandes. El mismo Ptolomeo, dice *Mannert*, nos indica el método que seguía. *Marino de Tiro* había contado 100 grados en el espacio que media entré el cabo Cory y Thinae, que Ptolomeo creyó debían reducirse á 54 grados 4 minutos. La razón de esto es que Marino había contado en línea recta las distancias que señalaban los itinerarios, aunque los navegantes hubiesen dado á conocer la declinación de sus derroteros y las diferentes áreas de vientos que seguían para llegar desde el cabo de Cory hasta *Catigara*, el último de los puertos conocidos en el país de los sinos; y, siguiendo á los mismos itinerarios, estrechó Ptolomeo el mapa trazado por Marino. Cuando se representaba la navegación como siguiendo poco más ó menos un mismo paralelo, Ptolomeo quitaba un tercio de la distancia total por las sinuosidades que suponía en la ruta; y cuando hallaba indicado que la navegación se inclinaba un cuarto sobre el ecuador, quitaba todavía el sexto de la suma que le quedaba para

reducir la distancia á un paralelo y hallar el intervalo de los meridianos.

Este método estaba necesariamente sujeto á errores muy frecuentes y variables, y que no se pueden apreciar por medio de una misma regla.

Cuando se reflexiona sobre estas dos opiniones; cuando se recuerda que Gossellín, gracias al uso de su hipótesis, ha restablecido casi completamente el mapa de todas las costas marítimas conocidas de los antiguos, mientras que Mannert, explicando á su manera á Ptolomeo, ha mejorado mucho la geografía antigua del interior de las tierras; parece lo más acertado conciliar á estos dos sabios. Púedese creer, en efecto, que Ptolomeo se sirvió realmente de una carta hidrográfica, de la que tomó y alteró el dibujo de las costas, como lo indica Gossellín; pero que al mismo tiempo llenó el interior de la manera que pretende Mannert.

Las latitudes de Ptolomeo, en las distancias directas de norte y sur, no ofrecen menos puntos de discusión. Muy próximas á la exactitud moderna en los países vecinos al Mediterráneo, crecen á medida que se alejan de él; de manera que, por ejemplo, la extremidad de la Gran Bretaña se encuentra á 62 grados en lugar de 59. *Mannert* considera estos errores como resultado de la valuación aproximada de las medidas itinerarias y náuticas. *Gossellín* piensa «que cuando Ptolomeo se halló en el caso de trazar sus paralelos en el mapa que quería copiar, advirtió que no podía valerse más de los intervalos de 500 estadios por grado, porque todas sus latitudes se hubieran hecho demasiado altas; y como todas estaban determinadas por observaciones ó aproximaciones astronómicas que no podía dejar de admitir, cambió de método y trazó sus grados á 700 estadios de distancia. Conoció, á lo que parece, que si continuaba dándoles la misma propor-

ción que á sus longitudes, Alejandría, que debía estar cerca de los 31 grados de latitud, se encontraría á más de los 43 grados, y que Marsella, que situaba, como Eratósthenes, á los 43 grados y algunos minutos, debería trasladarse más allá de los 60.» Este proceder, según confiesa Gossellín, suponía en Ptolomeo una ignorancia ó un desprecio tal de las primeras reglas de la geografía, que confesamos, con todo el respeto debido á Gossellín, nuestra incredulidad en vista de esta parte de su hipótesis.

Mr. Lelewel, después de apreciar las causas de los errores geográficos de los antiguos, encuentra estos cuatro principales: la medida de la Tierra, inventada y propuesta por el astrónomo Posidonio; la mezcla y confusión de estadios y millas diferentes; la costumbre de recopilar sin distinción y sin análisis, y por último las observaciones astronómicas inexactas relativamente á la posición de los lugares. Posidonio, que había falsamente determinado la posición de Rodas por el lugar que ocupa la estrella de Canope, sacó consecuencias erróneas respecto de la latitud de la isla, y aplicó á su graduación la extensión de la Tierra habitable, valuada por Eratósthenes y por casi todos los geógrafos en 72,000 estadios. Esta extensión ocupaba exactamente la mitad del paralelo de Rodas, y produjo 180 grados para la longitud de la Tierra habitable. Este enorme cambio debía parecer asaz extraordinario á los geógrafos, y á pesar de esto Estrabón no manifiesta admiración alguna: tanta autoridad daba la reputación de Posidonio á sus cálculos, los cuales, por otra parte, empezaron á acreditarse con las groseras observaciones de eclipse de Luna y de Sol; de modo que hasta los astrónomos y los geógrafos que deseaban plantear la geografía sobre bases matemáticas y científicas se dejaron seducir por las conjeturas de

Posidonio, que daba á la Tierra 180,000 estadios de circuito. Esta opinión fué adoptada por los geógrafos; pero mientras unos daban, como él, 500 estadios al grado, otros, suponiendo que el grado de 700 estadios era diferente, cambiaron sus cálculos en la proporción de 7 á 5, de donde se originó un estadio imaginario, esto es, $\frac{2}{7}$ mayor que el estadio olímpico. Últimamente, otros, viendo que los estadios de 500 al grado son mayores que los que comunmente empleaban los geógrafos, creyeron que eran los grandes estadios egipcios filetéreos, valuados en $7\frac{1}{2}$ por una milla militar.

Cualquiera que sea la explicación que se adopte, no son de menor bulto los errores de Ptolomeo; pero, despojando su geografía de estas inexactitudes matemáticas, nos presentará el conjunto de conocimientos geográficos del siglo II.

En el este de Europa nos admira Ptolomeo por una descripción bastante exacta del curso del gran río Volga, al que llama *Rha*; conoce también el Kama, procedente de los montes Urales, al que llama *Rha oriental*; y, en efecto, este río disputa al Volga el título de río principal. El conocimiento de este gran río no se perdió ya en adelante, y es probable que desde el siglo cuarto era visitado por caravanas mercantiles que iban en busca del ruibarbo y otras producciones del Asia central. El curso del *Tanais*, que Estrabón dirigía del norte al sur, presenta en Ptolomeo una curvatura parecida á la que se puede notar en los mapas modernos; y, al igual de nuestro geógrafo, encuentra Plinio hacia el origen de este río los fabulosos montes Rifeos, que se intentaba siempre colocar en regiones poco conocidas: también Ptolomeo parece colocar, como por casualidad, hacia el centro de Rusia, á los *hiperbóreos*, á los *basílicos*, y á algunos otros pueblos, cuyos nombres le parecen

demasiado célebres para despreciarlos enteramente, mientras excluye de su mapa de Europa el nombre de la *Escitia*; extiende la *Sarmacia* europea desde el Tanais hasta el Vístula y á los montes Carpatos; pero no por eso debemos deducir que mirase como sármatas á todos los pueblos que ocupaban este vasto territorio. Por el contrario, da de intento á los *alaunos*, que coloca entre el Borístenes y el Tanais, el sobrenombre de escitas, y estos pueblos, que conservaron la misma posición desde el primero hasta el cuarto siglo, no eran, sin duda, los únicos restos de la antigua raza escítica. Los *chunos*, colocados por Ptolomeo en medio del curso del Borístenes, son probablemente la tribu de los hunos que á sueldo de los godos combatió contra los hunos de Asia. La mayor parte de las naciones sármatas, en el sentido más estricto, eran confundidos con el nombre de *hamaxobios*, ó pueblo que vivía en carromatos. Los *iazzyges*, que eran los más famosos entre estos nómadas, se muestran al principio en el nordeste del Palus-Meótides, invaden después las regiones entre el Borístenes y el Danubio, se extienden á lo largo de los montes Carpatos, descienden á las llanuras de la Hungría oriental con el nombre de *jazyges metanastas*, y penetran en el norte hasta la Podlaquia, donde existían aún todavía en el siglo duodécimo con el nombre de *jaczwinges*. La grande emigración de los sármatas parece haberse dirigido hacia la Lituania y la Prusia, en donde Ptolomeo nos da á conocer á los *galindas*, que conservaban en el siglo catorce el mismo nombre; sus vecinos los *sudenos*, que son los sudavos modernos; los *boruscos*, que son los prusianos del siglo décimo, pero que antiguamente se hallaban más internados en la Lituania; los *carcotas*, los *careones* y *careotas*; los curlandeses, llamados *karis*, *choris* y

kors, por los autores de la edad media; los *hosois*, que casi sin duda alguna son los habitantes de Oesel; y, al norte de los *agathyrros*, los *salos*, cuyo nombre se encuentra en el del río Salis, Livonia.

Ptolomeo distingue de estos pueblos, mitad sármatas y mitad escitas, los *venedos*, ó vendas, á los que coloca en las costas desde el *Rubón*, ó el Memel, hasta el Vístula; y que probablemente se extendían hasta el Óder. Las otras naciones eslavonas que hemos encontrado siguiendo á Estrabón y Tácito, se hallan confusamente indicadas por Ptolomeo; no obstante nos ha hecho conocer otras nuevas, entre éstas á las de los *sabocos*, ó pueblos que vivían junto al Bug; los *biessos*, cuyo nombre ha quedado á los montes Biesciad, cerca de Lemberga; y los *carpos* ó habitantes de los montes Carpatos. Ptolomeo, que parece se servía de un itinerario de las riberas del Danubio hacia la desembocadura del Vístula, marcó la dirección de este último río en línea recta del sur al norte, y es probable que los viajeros ó mercaderes del ámbar amarillo seguían el Warta y luego el bajo Vístula, tomando estos dos ríos por uno solo, como ha sucedido á nuestros viajeros de América. Ptolomeo describe, en cambio, la *Dacia*, entonces provincia romana, más detalladamente que sus predecesores; y de sus indicaciones podemos colegir que los nombres de las ciudades y de las tribus de este antiguo país de los getas son otros tantos testimonios del origen eslavado de este pueblo.

Parece que los navegantes griegos y romanos visitaron las costas del Báltico hasta los alrededores del Vístula, pues un compendiador de Ptolomeo declara no poder señalar la distancia en *estadios* sino hasta este río; pero los mercaderes del ámbar amarillo y de peleterías iban por tierra hasta Livonia, donde termina

la serie de poblaciones nombradas por Ptolomeo. La costa conocida de este geógrafo se extiende hasta el río *Chesinus*, que según d'Anville debió ser el río Perna; pero Gossellín cree que el *Chesinus* corresponde al Duna, puesto que Ptolomeo no cuenta más que tres ríos principales entre este y el Vístula, que pueden todos reconocerse, á saber: el *Chrono*, correspondiente al Pregel, que atraviesa á Koenigsberga: el *Rubón*, que corresponde al Niemen, y cuyo nombre indica probablemente que formaba el límite entre los vendas y los sármatas; y, por último, el *Turunto*, que no puede ser otro que el río Windau. Aquí observamos que, dando Ptolomeo 58 grados 30 minutos de longitud á la desembocadura del Chesino, si se reducen estos grados por el método de Gossellín, se verá que el mapa hidrográfico que Ptolomeo copiaba no daba á la desembocadura del Chesino más que 41 grados 47 minutos de longitud, y que ésta es, con 15 minutos de diferencia, la del Duna, tomada debajo de Riga, en el mismo lugar donde desemboca al mar.

Hemos visto ya anteriormente que los romanos habían tenido noticias vagas de Noruega ó Nerigón y del país de los *sitiones* ó suecos, noticias despreciadas por Ptolomeo por carecer de aquella precisión matemática *aparente* que tenían las que él daba. Termina su Europa con el *Quersoneso cimbrico*, que extiende 2 grados demasiado al norte, inclinándola mucho más al este de lo que está. Al oriente del Quersoneso cimbrico, ó de Jutlandia, ha colocado cuatro islas con el nombre de *Scandia insulae*, entre las cuales las tres menores corresponden á las de Lalandia, de Fionia y de Selandia, que toman parte de Dinamarca, y la cuarta, á la que da en particular el nombre de *Scandia*, representaba la Suecia meridional. La grande extensión del

mar Báltico, que no permitió á los romanos recorrerlo enteramente, pudo fácilmente inducirles á tomar la Escania con la Blekingia por una isla que terminaba en el promontorio de Kullen, al norte del Sund. Los pormenores que da Ptolomeo sobre los pueblos de Escandinavia, entre los cuales se reconocen los godos y los daneses, han sido mentados ya al exponer las naciones de Plinio y de Tácito sobre el norte de Europa, siendo de observar que las noticias de Ptolomeo, mucho más reducidas que las de los dos últimos escritores, parecen dar á entender que el geógrafo griego trabajaba en esta parte valiéndose de materiales de fecha atrasada, tal vez anteriores en más de un siglo á la época de la publicación de su obra.

El nombre de *Tule* reaparece en Ptolomeo, quien lo aplica á una tierra situada al nordeste de la Gran Bretaña, y que resulta ser la Noruega si se reducen á su justo valor sus grados de longitud, aunque la relación entre esta tierra y la Gran Bretaña podría hacer ver en aquella la isla de Zelandia. Hemos demostrado que el Tule descubierto por Piteas era una provincia de Jutlandia; pero los diferentes valores de los *estadios* empleados por este viajero (ó en las memorias que copiaba) han hecho buscar la solución de este enigma geográfico en el Tellemark ó Thilemark de Noruega, en la Islandia y hasta debajo del polo.

La Hibernia ó la Ierna, que Estrabón había colocado al norte de Bretaña, aunque en su verdadera latitud, se halla restablecida por Ptolomeo al occidente de esta isla, pero á cinco grados más al norte de lo que debe estar. La Escocia, con todas las islas de su dependencia, está colocada del oeste al este, en lugar de estarlo del sur al norte: error corregido por primera vez en los mapas de la edición de Ptolomeo, publicada en Es-

trasburgo en 1513, pero repetido en un globo de 1520, y aun más tarde. Explícase perfectamente el error de Ptolomeo en la hipótesis de Mr. Mannert, suponiendo que las medidas náuticas é itinerarias, siempre excesivas, habían conducido á Ptolomeo á llevar más al norte toda la Galia, y por consiguiente el mediodía de la Gran Bretaña; y los mismos errores repetidos en esta última fueron causa de que, apenas llegado el geógrafo de Alejandría al mediodía de Escocia, se encontró situado en los 61 grados de latitud; y que no pudiendo continuarla más al norte sin pasar más allá de la altura en que, según sus cálculos, debía estar Tule, límite de la tierra común, se vió obligado á seguir la idea de sus predecesores, que consideraban á la Gran Bretaña como si se extendiese, por su lado más dilatado, en la dirección de las costas de Germania, y sometió á esta falsa hipótesis los pormenores más verdaderos que había recogido. Sin embargo, si se prescinde de este error sistemático, la Inglaterra, las costas occidentales de la Galia y el norte de España, presentan un aumento de conocimientos relativos á los pormenores, por cierto digno de admiración, atendiendo al tiempo trascurrido desde Estrabón, que apenas tenía idea de la configuración de aquellos países; lo que haría pensar que la geografía había adelantado más en aquellos puntos lejanos que en el Mediterráneo. En efecto: la forma bárbara que Ptolomeo señala todavía á Italia es un ejemplo evidente de las singulares circunstancias que, promoviendo el progreso de las ciencias en ciertas partes, las dejaban estacionarias en otras.

Sin embargo, el Mediterráneo no ofrece ya la sujeción rigurosa á las bases que habían seguido Eratóstenes y Estrabón, notándose en las longitudes y latitudes una inseguridad que anuncia

nuevas combinaciones y esfuerzos para llegar á mayor perfección. El estrecho de Sicilia no está ya en Ptolomeo debajo del paralelo del de las Columnas, tomando, con la diferencia de 8 minutos, la altura que debe ocupar. La Sicilia misma está ya mejor orientada; y, aunque se noten en ella grandes defectos, el intervalo comprendido entre el cabo *Pelorrum* y el *Pachynus* no está ya trazado directamente del este al oeste, como se había hecho hasta entonces.

La posición de Cartago depende aún de la latitud mucho más meridional del promontorio Lilibeo en Sicilia, lo que obliga á Ptolomeo á rebajar la costa septentrional del África hacia el sur, y alterar los contornos en toda su extensión hasta el estrecho de Cádiz. Desaparece el grande hueco de las Sirtes; y el Peloponeso, colocado demasiadamente hacia el mediodía, comprime por otro lado la Cirenaica, y da á la costa una dirección casi este y oeste hasta Alejandría.

Esta ciudad está situada en Ptolomeo más al oriente que Rodas y casi debajo del meridiano del cabo Sagrado de Licia, como reclama la verdad; corrección que, según el parecer de Gossellín, propuso ya Artemidoro para los mapas de Eratóstenes, y que comprendió mal Estrabón. La diferencia entre el meridiano de Rodas y el de Helesponto se nota en las tablas de Ptolomeo, en las que se observa un principio de inclinación en la Propóntida, que, sin embargo, no se juzgaba bastante deducida para que se pensase en corregir la latitud de Bizancio dada por Piteas.

La forma del Africa fué totalmente cambiada por Ptolomeo, y ya hemos visto que Estrabón y Plinio miraban esta parte del mundo como una isla terminada dentro de la línea equinoccial. Créase que el Oceano Atlántico unía el mar de las Indias debajo de la zona tó-

rrida, cuyos calores eran tenidos por la única causa que impedía dar la vuelta al África.

Ptolomeo, que no admitía en manera alguna la comunicación del Oceano Atlántico con el mar Eritreo, pensaba, al contrario, que la costa occidental del África, después de haber formado un golfo medianamente entrante, que llama *Hespéricus*, se extendía indefinidamente entre el sur y el oeste, del mismo modo que creía que la del África oriental, después del cabo *Prasum*, iba á juntar la costa del Asia con el mediodía de Catigara. Como esta opinión, que dividía los mares en grandes lagos aislados entre sí, había sido sostenida por Hiparco, no debe parecer extraño que la escuela de Alejandría reprodujese este error en el siglo de Ptolomeo. La exposición de los hechos siguientes mostrará los motivos en que se apoyaban.

Marino de Tiro, predecesor de Ptolomeo, pretendió haber leído el itinerario de dos expediciones romanas mandadas por *Septimio Flaco* y *Julio Materno*, que partieron de la gran Leptis para Garama, capital de los garamantas, que hallaron distante 5,400 estadios de la primera ciudad; luego Septimio marchó durante tres meses en dirección al mediodía, y llegó á una comarca llamada *Agyzimba*, habitada por negros, cuya posición, después de algunos argumentos, ha fijado Marino de Tiro á 24 grados al sur del Ecuador.

Siguiendo rigurosamente las leyes de la crítica histórica, podría contarse como fabulosa esta expedición, desconocida de los romanos. ¿Cómo admitir que un general emprendiera una marcha más sorprendente que la de Alejandro, de la que ningún autor contemporáneo ha conservado el menor recuerdo? ¿En qué época, en qué reinado se fijará este suceso? Y, por otra parte, ¿cómo un ejército habría

podido, en tres meses, hacer una marcha de más de 1,100 leguas francesas?

Admitamos, sin embargo, el hecho, y vamos á ver como Mariano de Tiro se contradice en la apreciación de las distancias. «Garama, dice, está á 5,400 estadios de Leptis.» Esta es precisamente la distancia de Leptis ó Lebida á Germa, según los mapas modernos; pero es necesario valuarla en estadios de 833 *al grado*; y, habiéndola valuado Marino en estadios de 500 *al grado*, resulta de aquí que coloca á Garama á los 21 grados en vez de 27. Reduciendo en la misma proporción el resto de la marca de Septimio Flaco, se hallarán 27 grados en lugar de 45, por la distancia de Garama á Agyzimba, y quedará colocada esta región debajo del Ecuador, correspondiendo á la *Anzigo* de los modernos. Por más que esta marcha se reduzca, como lo acabamos de hacer, pertenece todavía á la categoría de los hechos casi imposibles.

Marino de Tiro había recogido también los detalles de muchas navegaciones hechas desde el cabo de *Aromata*, hoy día de Guardafuí, hasta el promontorio *Prasum*; y había pensado que el *Prasum* debía estar situado bajo el trópico de invierno. Ptolomeo, según una nueva valuación de estos itinerarios, y algunas nociones más positivas sobre las distancias y el orden en que debían estar colocados los diferentes puertos de aquella costa, fija el *Prasum* á los 15 grados de latitud sur, señalando en la misma posición á la comarca de Agyzimba. Esta nueva extensión del Africa, que trastornaba la antigua opinión sobre los límites de esta parte del mundo y del Oceano, que se había supuesto debajo de la zona tórrida, parece haber decidido á Ptolomeo á resucitar las ideas de Hiparco y á juntar el Africa y el Asia por una tierra austral imaginaria.

Gossellín ha probado matemáticamente

que las navegaciones á lo largo de las costas orientales de Africa recogidas por Marino no se extienden, en realidad, sino hasta el cabo de Brava, que representa el de *Prasum*; y así el dibujo de Ptolomeo, restablecido según los *prolegómenos* de su geografía, como la valuación exacta de las medidas dada por los itinerarios, no dejan lugar á duda alguna razonable sobre esta parte del trabajo de Gossellín. Isaac Vossio y d'Anville habían demostrado ya lo absurdo de las opiniones que extendían hasta Sofala el término de las navegaciones de los antiguos.

Las costas occidentales del Africa ofrecen dificultades mucho mayores. Las tablas de Ptolomeo parecen ofrecer una costa que desde el estrecho de las Columnas se extiende en dirección al sur hasta 5 grados al norte del Ecuador; y la intensidad de nombres que contienen dan á estos descubrimientos cierto viso de realidad. Sin embargo de esto, hemos visto que la expedición de los cartagineses bajo Hanón debió detenerse aquende el cabo Blanco. ¿En qué época habrían emprendido los romanos el viaje para hacer estos descubrimientos? Además, ¿por qué la costa está representada en dirección al mediodía, cuando en realidad se dirige hacia el sudoeste? Por último, ¿por qué los nombres están repetidos hasta por tres veces? Combinando y desenvolviendo estos argumentos, se ha propuesto demostrar Gossellín que las costas trazadas por Ptolomeo, que reproducen las mismas posiciones, no se extendían sino hasta el riachuelo de Noun.

Creemos, á pesar de esto, que la posición señalada á las islas Afortunadas obligará á los geógrafos á extender más al mediodía las costas conocidas de Ptolomeo. La idea de que la costa se prolongaba indefinidamente hacia el oeste, pudo nacer de que no lejos del golfo de

San Cipriano se prolonga repentinamente hacia esta dirección (1).

El interior del Africa presenta en Ptolomeo un gran conjunto de noticias confusas, siendo, sin embargo, el primero de los antiguos que ha indicado con certeza la existencia del río *Niger*, confusamente señalado por Plinio. En las riberas de este río, que dirigiéndose del oeste al este desaparece en las arenas ó en un pequeño lago, coloca Ptolomeo las ciudades de *Tucabath*, de *Nigira*, metrópoli de *Ta-gana*, y de *Panagra*, en las cuales se ha creído encontrar á Tembouctou, Cachena, Ganah y Wangara, en las riberas de nuestro Níger ó Joliva. El monte *Mandro*, cerca de las fuentes del Níger, recuerda el nombre de los mandingos. Las montañas de *Caphas* deben buscarse, al parecer, en el país de Kaffaba, y en ellas se reconocen con asombro los nombres de muchas tribus de Numidia y de Mauritania. Algunos hallan en esto la prueba de que los cartagineses trasportaron estas poblaciones á colonias que habían formado al sur del Níger; mientras que otros, admirados de verlas reaparecer exactamente bajo el mismo meridiano, pensaron con más razón que Ptolomeo hizo un doble uso de nombres iguales. Pero el punto más difícil de explicar en el Africa central de Ptolomeo es, sin contradicción, el saber á qué río debe aplicarse el nombre de *Gyr*, en el que se ha querido encontrar ya el que atraviesa el reino de Bornou, ya el que algunos viajeros llaman *Bar-el-Miselad*; y, sin embargo, ni uno ni otro de ellos es tal que pueda, como dice Claudiano del *Gyr*, «reproducir la imagen del Nilo por

la abundancia de sus aguas.» Un autor del siglo III, copista de Ptolomeo, considera á *Gyr* y Níger como dos nombres de un mismo río; de suerte que, si en medio de tantas contradicciones, en una región casi desconocida aún en el día, la atrevida ignorancia puede aventurarlo y decidirlo todo, la ciencia modesta se resigna á dudar.

El Asia de Ptolomeo ofrece tres puntos principales: las costas de la India aquende y allende el Ganges, el camino de la Sérica y el del mar Caspio.

Hemos visto ya, en uno de los libros precedentes, que Ptolomeo conocía en detalle muchas provincias, ciudades, ríos y montañas de la India aquende el Ganges; y hemos conciliado sus nociones principales con las que presentan Plinio y el periplo del mar Eritreo. A pesar de la exactitud de estos pormenores, Ptolomeo dió á la India una configuración caprichosa; y habiendo, con Eratóstenes, trazado todas las costas del Asia, y por consiguiente las bocas del Indo, demasiado al sur, daba como sus predecesores una extensión desmesurada á la isla de Taprobana ó Ceilán, sea porque valuase falsamente los estadios de que se habían servido los primeros navegantes, sea porque se hubiesen confundido por largo tiempo la península de Malabar y Coromandel con la isla de Ceilán. La India, estrechada por estos dos motivos, deja de presentar la configuración peninsular; y, como Ptolomeo debía colocar en ella los pormenores que habían dado á conocer frecuentes navegaciones, no pudo encontrar el espacio necesario sino atribuyendo á su costa mucho mayor número de ángulos y de curvaturas que las que presentan en realidad.

A estos errores razonados y sistemáticos sucede, allende el Ganges, una vaga incertidumbre, parecida á la que se observa en los primeros mapas de América,

(1) D'Anville extiende mucho más que Gossellín los conocimientos de Ptolomeo en relación á las costas occidentales del Africa. Este antiguo geógrafo debió tener noticias hasta el golfo de Guinea, que sería, tal vez, su golfo Hespérico.—E. C.

en los que la vista busca inútilmente formas precisas, y el espíritu, privado del auxilio de los cálculos y medidas, se entrega á diversas conjeturas, si bien entre las últimas merece la preferencia la que hace coincidir las relaciones antiguas y modernas, que es la que vamos á exponer tomándolo de Gossellín.

Dos hechos principales nos han de dar luz en esta investigación. Ptolomeo creía que las extremidades del Asia por él conocidas se dirigían al sur y se confundían con una tierra desconocida que iba á unirse al Africa por la parte del oeste; lo que da á entender que los viajeros seguidos por Ptolomeo no habían traspasado la península de Malaca, pues en este caso habrían sabido que el Asia, subiendo al norte, terminaba en un vasto Oceano. Los geógrafos anteriores á Ptolomeo han, á la verdad, circunscrito el Asia, al este, por un mar que llamaban *Oceano oriental*; pero no tenía éste ninguna semejanza con los mares de China, y no era otro que el golfo de Bengala, que, por la manera harto defectuosa con que Eratóstenes y los geógrafos posteriores habían orientado la India, se hallaba enteramente vuelto el este. Plinio y Mela se explican claramente sobre este punto, diciendo: 1.º que la India estaba no solamente limitada por el Oceano meridional, sino también por el oriental; 2.º que Taprobana empezaba en el Oceano oriental; 3.º, por último, que el mar de las Indias sólo se extendía desde el Indo hasta el recodo donde comienza el mar oriental. Este recodo era el promontorio *Colis* ó *Coliacum*, que corresponde al cabo Comorín de nuestros días, después del cual se creía que la costa ascendía siempre al norte, y que la bañaba el Oceano oriental, como está figurado en el mapa de Eratóstenes; y esto es lo que hizo creer, hasta el tiempo de Ptolomeo, que la desembocadura del Ganges estaba vuelta

al oriente, aunque lo esté el mediodía.

En uno y otro sistema de los antiguos, las tierras conocidas de allende el Ganges podían extenderse muy poco al este. Los siguientes pormenores dados por Gossellín confirman perfectamente dicha opinión.

Después de la desembocadura oriental del Ganges, confundida con la del río Megna, Ptolomeo presenta el río *Latameda* ó *Cadameda*, que corresponde al Morei. *Baracura-Emporiun* se encuentra en el sitio llamado Barracoón, colocado entre el río Morea y el de Curmfulla, que es el *Tocosanna* de Ptolomeo. La ciudad de *Lambra* puede corresponder á Santatoli, y los ríos Zajoo y Dombac representan los *Sadus* y *Temala*, cuyo promontorio, que corresponde al cabo Botermango moderno, forma en Ptolomeo el principio del golfo *Sabaraco*. Al presente encontramos, á la altura de Botermango, un golfo en el que desagua el *Besynga*, que se reconoce ser el río Aracán, por el nombre de Beting que lleva una pequeña isla situada en su embocadura. Al sur de este golfo hallamos la ciudad de Baratón, que corresponde á *Berabæs*; y el diminuto cabo que viene después, y el hueco de la costa en donde estaba situada *Tacola*, se encuentran en la punta de Negras.

Lo que más caracteriza al *Quersoneso de Oro* en Ptolomeo, es la desembocadura de un gran río que allí se divide en tres brazos antes de precipitarse en el mar, y forman otros tantos canales que parecieron tan considerables, que cada uno de ellos tenía el nombre de río: llámaseles *Chrysoana*, *Palanda* y *Attabas*. Ptolomeo no da ningún nombre á este río antes de su división, y no indica en manera alguna el lugar en que se hallan sus fuentes. Tampoco conocía este geógrafo el interior de la comarca llamada

Lestorum Chore ó *Región de los bandidos*; pues no determina la posición de ningún lugar en dicha región, que era habitada por un pueblo bárbaro, por el cual se evitaba el pasar, bien que los indios atravesaban el norte de la misma comarca para ir el país de los sinos, atraídos por el comercio que con ellos hacían.

Este derrotero dirigía á un río considerable, llamado *Daona* ó *Doanas*, que Ptolomeo conduce hasta la ciudad del mismo nombre, habitada por los *daonas*, desde cuyo punto hasta su desembocadura, no estando el curso de dicho río apoyado de ninguna posición intermedia, da á conocer que fué dibujado arbitrariamente, pero parece ser el mismo que el que viene á parar en el Quersoneso de Oro; y todos los brazos del río, reunidos en conjunto, pueden representar el delta formado por el Ava ó el Iraouaddy, dividido en tres brazos principales, orientados precisamente como los ríos Chrysoana, Palanda y Attabas. Una prueba bastante satisfactoria de que los dos ríos de Ptolomeo no pueden corresponder más que al Ava, es la posición de la ciudad de *Daona* en el río del mismo nombre, puesto que sobre el Ava existe aún esta ciudad, y se llama actualmente *Dana-Plou*, mayormente cuando el río se llama todavía *Ken Douen*, ó río Douen, nombre que se asemeja al de *Daonas*; por consiguiente, debe reconocerse el *Quersoneso de Oro* en el delta peninsular del río de Ava, pues esta comarca sola, en estas regiones, posee, ó al menos exporta en mucha abundancia, metales preciosos para dar origen á los epítetos pomposos que la decoraban. Mucho tiempo antes había hablado Ptolomeo de una *isla de Oro*, situada en un país en que el suelo estaba compuesto de oro y plata, y por el cual navegaban los *timulos* ó habitantes de la costa de Coromandel, de los cuales declara Ptolomeo ha-

ber sacado las vagas noticias que viene obligado á seguir.

La extremidad del triángulo del río de Ava, llamado hoy día punta de Bragu, representa el *gran promontorio* de Ptolomeo, cerca del cual colocaba á *Zabas*. El *Perimulico Sino*, que es una de las pequeñas bahías formadas por las bocas orientales del río, tomaba su nombre de una ciudad llamada *Perimula*, situada en una isla en que se pescaban perlas. No se puede admitir, con d'Anville, que el *Perimulico Sino* sea el estrecho de Sincapur; porque ¿cómo creer que los navegantes hayan podido tomar un estrecho por un golfo, y más cuando, según la opinión de d'Anville, debían pasar por este estrecho, recorrer toda su extensión y dejarlo para llegar al Gran Promontorio? Por otra parte, no era posible acercarse al estrecho de Sincapur sin tener al mismo tiempo, conocimientos de Sumatra, casi en dos tercios de su extensión. Por lo que hace al mar de las Indias, es muy probable que en él no conociera Ptolomeo ninguna grande isla más allá de la Taprobana.

Coloquémonos, sin embargo, en la punta de Bragu, en donde estuvo en otro tiempo *Zabas*, y consultemos el derrotero que seguían los navegantes para ir de este puerto á *Catigara*, depósito principal de comercio de los *sinos*. Marino de Tiro, que había recogido los itinerarios de que se valió Ptolomeo, decía que los navegantes, saliendo de *Zabas* para *Catigara*, dirigían su derrotero hacia el mediodía y aun más hacia la izquierda, es decir, que seguían una dirección sudeste. Ahora bien: saliendo de la punta de Bragu, este camino conduce directamente á la costa occidental del reino de Sian ó Siam, que debe, por consiguiente, representar el país de los *sinos*, que, según Marino, Ptolomeo y Marciano de Heraclea, debía estar terminado al norte por

los seros, al levante y mediodía por tierras desconocidas, y al poniente por el mar; por lo que es fácil de ver que en todas las aguas de la India la costa *occidental* del reino de Siam es la única que está exactamente orientada como este lugar lo exige.

Es admirable que antes de estas investigaciones de Gossellín no se haya notado que, colocando á los sinos á la otra parte de los estrechos de Malaca y de Sincapur, como se ha hecho hasta hoy día, se trocaba absolutamente el sentido de estos pasajes, y era querer persuadir que los antiguos se engañaban en la dirección de su derrotero, hasta el punto de creer que navegaban hacia el sudoeste yendo de Zabas á Catigara, mientras que realmente corrían hacia el norte; y que en su manera de orientar el país, se engañaban hasta tomar el poniente por el levante, y el mediodía por el septentrion, puesto que, en los sistemas anteriores al de Gosellín, el país de los sinos se encontraba terminado al levante por el mar en lugar de estarlo por tierra; al poniente por tierra en lugar de estarlo por mar; y las tierras desconocidas, que deben hallarse al mediodía, estarían trasportadas al norte, y reemplazadas por el golfo Siam y los mares de China.

Ptolomeo coloca en el país de los sinos un gran río con el nombre de *Seno*, del que no conoció el origen, pero sabía que bajaba del norte formando un recodo hacia el sur, y que subía luego para precipitarse en el mar: curso perfectamente representado por el del Tena-Serim, corroborando mucho más esta semejanza el recibir el Seno, en la parte meridional de su curso, al riachuelo *Cotiaris*, que también está representado por otro de igual clase, que el Tena-Serim recibe en una posición correspondiente. Poco después de la confluencia, el río se

divide para formar dos desembocaduras, que Ptolomeo ha separado sucesivamente, pero que no son menos fáciles de reconocer.

Sobre el Cotiaris coloca Ptolomeo la antigua ciudad de *Thinas*, metrópoli de todo el país de los sinos, que Gossellín piensa ser la misma *Tena-Serim*, cuyo nombre está compuesto de dos palabras que, traducidas literalmente, significan: *población de Tena*. Merghi, puerto de Tena-Serim, que representa á *Catigara*, puerto de *Thinas*, conserva todavía su celebridad; y su aventajada situación y puerto indujeron á la antigua compañía francesa de las Indias orientales á establecer en ella una factoría, que echó abajo una revolución acaecida poco después. La analogía que se acaba de notar entre estas dos ciudades está también confirmada por el nombre del país en que están situadas; porque la denominación moderna del reino de Siam ó *Tsian*, como dicen los malayos, presenta bastante conformidad con el nombre de *sinas*, que en otro tiempo llevaban estos pueblos. No pasó desapercibida á Isaac Vosio la última de estas observaciones, pero se equivocó al deducir que la ciudad de Siam debía representar la capital de los sinos de Ptolomeo, que éste llama indiferentemente *sinas* ó *thinas*; pero Vosio no atendió que *Thinas* era la antigua capital de estos pueblos, que el nombre de *Sina-Metrópolis* es moderno relativamente á Ptolomeo, y que no se usó hasta principios del siglo sexto, siendo el primer autor que habla de él, según parece, Esteban de Bizancio, que escribía en tiempo de Anastasio.

Edrisi habla también de Siam, con el nombre de *Sinia Sinarum*, colocándola en la parte oriental del país de los sinos; al paso que en otra parte indica la situación de *Caitaghora* ó *Catigara*, ciudad de gran comercio, en la desembocadura de

un río, en la costa occidental de los sinos, bañada por el mar de las Indias, lo que concuerda perfectamente con la posición de Merghi. Cosmas, autor del siglo sexto, es el primero que ha sabido que *Tzinista*, esto es, el país de los tzinos, estaba limitado al *este* por el Océano; pero, al hablar de la ciudad de *Tzinilza*, describe su situación conforme Ptolomeo. Gossellín ha notado, además, que Thinas ó Sinas ha sido siempre colocada en el texto griego á muchos grados al norte del Ecuador, mientras que en el texto latino se halla siempre á 3 grados al mediodía de este círculo; de lo que se podría deducir que se ha pretendido constantemente marcar la posición de dos ciudades diferentes, que Thinas ó Tena-Serim debe mirarse como la antigua metrópoli de los sinos, y que *Sinas* ó Siam sería una nueva ciudad constituida en capital del país durante los siglos posteriores al de Ptolomeo. Dice éste que en Thinas el día más largo es de doce horas, cuarenta y siete minutos, treinta segundos, y que el Sol pasa dos veces al año por el zenit de esta ciudad cuando está distante del trópico de Cáncer 58 grados de la eclíptica; pero estas dos observaciones, en lugar de colocar á Thinas á 3 grados del Ecuador, concuerdan, al contrario, en fijarla hacia los 13 grados 30 minutos de latitud boreal, que es la de Tena-Serim, con la diferencia de 1 grado 43 minutos, y acabarían de completar las pruebas de identidad de estas dos ciudades; pero las contradicciones que encierran las diversas ediciones de Ptolomeo ofrecen algunas dudas sobre este argumento.

Las investigaciones de Thinas nos han obligado á dejar aparte la descripción del gran golfo (*Magnus Sinus*), que ha de bañar una parte de la costa de los sinos, y que se reconoce en el de Martabán. Hállase en la posición más interesante el

río *Sero*, que Ptolomeo coloca precisamente en el fondo del golfo que corresponde al de Pegu, y cuyo nombre indica que baja de la Sérica ó del Tibet. La ciudad de *Tomara*, situada en la ribera izquierda, junto á su desembocadura, corresponde á un lugar llamado *Mararco*. *Aspithra* debe ser Martabán, situada como está sobre un río poco considerable; y por último *Rhabana* y el río *Ambasto* pueden referirse á Tavay y al río de igual nombre.

Hemos reconocido anteriormente el *Seno* y el *Cotiaris* en los dos ríos que bañan los muros de Tena-Serim. El resto de la costa, de la cual se sabía que seguía una dirección hacia el mediodía, dió origen á la idea de que se prolongaba hasta el África, en donde iba á unirse con el promontorio Praso. Los autores modernos, que han colocado los *sinos* entre los chinos ó en la Cochinchina, no han atendido á que si los conocimientos de Ptolomeo se hubieran extendido hasta allí, nunca hubiera imaginado que esta costa se volviese al occidente para formar del mar Eritreo un grande estanque. Además, todos los indicios que los antiguos habrían podido recoger les habrían indicado, al contrario, que la costa seguía hacia el norte sin interrupción, dificultad que percibieron algunos geógrafos del siglo sexto; los cuales, tomando la península Maleya por el Quersoneso de Oro, se han visto obligados á suponer en el Asia una tercera península mucho más grande que las otras dos, á fin de tener una costa dirigida al mediodía y vuelta hacia el occidente que les representase las de los sinos y de Ptolomeo.

Un sabio moderno, Mannert, de quien hemos ya hecho mención, después de haber buscado á Catigara en la isla de Borneo, supuso que los antiguos habían tomado esta isla por una continuación del continente, y el vasto mar de China

por un golfo: de esta manera, en cuanto nos apartamos de la explicación dada por Gossellín, nos encontramos arrastrados á suposiciones mucho más temerarias que las suyas.

La mayor parte de estos errores se debe á los primeros portugueses que recorrieron el mar de las Indias, y que, habiendo querido reconocer en el cabo de Romanía el Gran Promontorio de los antiguos y el solar que ocupaba *Sabana* ó *Zabas*, llamaron al estrecho vecino *Estreito Saboan*, denominación que ha engañado á los comentadores, lo mismo que el de *Malei-Colon* de Ptolomeo, en el cual se ha pretendido ver una alusión á los malayos, aunque *Male* sea un nombre genérico de las montañas. También simples semejanzas de sonido han hecho equivocar á *Jaba-Diu* con la isla de Cebada en Java; y las islas *Maniolas*, donde un hechizo desconocido retenía á los navíos guarnecidos de clavos de hierro, con la isla de Manila, cuyo nombre es muy moderno. Todas las islas que indica Ptolomeo en este lugar son de poca extensión; y se encuentran en el archipiélago de Merghi, en las islas Andamán, y en las que bordan la costa.

Tales fueron los límites de los descubrimientos que los antiguos habían hecho en el mediodía del Asia. Y en cuanto á los conocimientos relativos á esta parte del mundo, nos ofrece también Ptolomeo algunas nuevas luces. Sabíase de nuevo que el mar Caspio no era un golfo del Oceano septentrional, y que estaba muy lejos de él, puesto que se había subido el Volga hasta sus fuentes, y, suprimiendo las gargantas por donde Eratóstenes había creído que el mar Caspio comunicaba con el Oceano, se le había conservado su forma prolongada de occidente á oriente.

Desde las orillas del Iaxartes al sur, y de las del Rha ó Volga al oeste, la

Escitia se extendía al norte hasta tierras desconocidas, y al este hasta la otra parte de una cordillera llamada *Imaüs*, que partían de la India y se dirigían al norte; y, habiendo atravesado esta cordillera, iba á parar á la *Sérica*. Si se buscan estas montañas en un mapa moderno, se verán en ellas los montes Belur y su continuación. Las naciones más notables de la Escitia aquende el Imaüs eran las numerosas tribus de los *alanos* y los *masagetas* hacia el norte y el nordeste; los *iaxartas*, sobre el río del mismo nombre; los *comædos*, alrededor de las fuentes de este mismo río, y los *sacas*, en Bukharia. En la Escitia de allende el Imaüs, el punto más reconocido era la *Casia regio*, cuyo nombre se ha conservado en Kachghar. El *Auzakitis regio* parece ser el cantón de Ascu, al nordeste de Kachghar. Ningún indicio se encuentra del nombre de los *issedones* ó *essedones* de Escitia; pero se sabe por Herodoto, que moraban enfrente de los masagetas, colocados por Ptolomeo al nordeste de los sacas; y que estos pueblos, que vivían en carromatos (como indica su nombre) ocupaban el mismo país en donde las *myrmeces*, ó fabulosas hormigas indias, recogían arenas de oro; circunstancias que parecen señalar su morada en el Igur y hacia los montes de Altai. Los *chattas escitas* se han buscado en Khotán, en el Turquestán chino; pero podría también colocárselos en una llanura del Imaüs, hacia las fuentes del Indo, que, según algunas relaciones modernas, tiene su origen en un país llamado *Cathay*, esto es, desierto. Sin internarnos en investigaciones más extensas sobre las tribus vagabundas llamadas *escitas de Asia*, que creemos ser los tártaros ó los turcos de la edad media; sin examinar si el lago de Thengis, en otro tiempo de mayor extensión, ha podido ofrecer á los antiguos la engañosa imagen de un golfo del

supuesto *Oceano escítico*, en cuyas costas llegan Mela y Plinio á indicar algunos promontorios, mientras que Ptolomeo, más instruido, lo reemplaza por una extensión de *tierras desconocidas*, entreguémonos á la última investigación que debe completar la historia de la geografía antigua, procurando fijar la posición de la famosa *Sérica*, término de los descubrimientos de los antiguos por la parte de oriente.

Los *seros* vivían en el centro de las regiones orientales, cuyas dos extremidades ocupaban los escitas y los indios; y esto es lo que aseguran unánimemente Plinio y Mela. Luego, terminando estos dos autores el Asia un poco al este del mar Ganges y un poco al norte del Caspio, que miraban como el golfo del supuesto Oceano escítico y sérico, es evidente que debían colocar á los *seros* en el Tibet y en las comarcas vecinas, explicación que confirman los pormenores dados por Plinio. Después de haber nombrado cuatro ríos, *Psítaras*, *Carabi* ó *Cambari*, *Lanos* y *Cyrnaba*, que dirige hacia su Oceano sérico, pero que en realidad parecen representar algunos ríos meridionales de la pequeña Bukharia, cuyas aguas se pierden en las arenas del gran desierto, límite natural de los conocimientos de los antiguos; Plinio nos indica los *tocharos*, los *thyros*, los *casiros* y los *attacoros*, como las principales naciones de la *Sérica*.

La primera de estas tribus la coloca Ptolomeo en la Bactriana, en donde ha legado su nombre á la comarca de Tokaristán, parte de la gran Bukaria. Los *thyros* corresponden á la ciudad de *Kaspatyros* de Herodoto, situada no lejos de la comarca *Partyica*, vecina de la Bactriana y de la India. *Tyr* ó *Thyr* significa, en persa, puerta; *Kasp* es el nombre genérico de las montañas; *Thurán* es todavía en nuestros días el nombre de un

distrito al norte de Candanar, en el Afghánistán, y los *casiros*, que, según Plinio podían ya ser considerados como formando parte de la India, son probablemente los *caspiros*, ó habitantes de Cachemira. Según el conjunto de estas posiciones, la feliz llanura de los *attacoros*, preservada de las escarchas del norte y de los vapores pestíferos del mediodía, debe buscarse en el reino de Latak. El nombre mismo de los *attacoros* parece pertenecer á la lengua sanscrita; y esta observación, común á la mayor parte de nombres de la *Sérica*, concurre con tantas otras circunstancias á colocar este país cerca de las fuentes del Indo y del Ganges, donde los antiguos libros sanscritos nos describen al país sagrado, la morada de la abundancia y de la felicidad, al famoso *Siri-Nagar*. Púedese también creer que la tradición sobre la larga vida de los *seros*, alargada hasta doscientos años, ó á lo menos á ciento y veinte, se había sacado de las fábulas sagradas de los bramines. Es probable que los *cyrnos*, indios cuya longevidad alaba Plinio, moraban en las riberas del río *Cyrnaba*, en la *Sérica*, tal vez el Kiria de la pequeña Bukharia.

Los autores contemporáneos de Plinio concuerdan perfectamente con lo expuesto. Dionisio el Periegetes aproxima los *seros* á los *tocharos*. Según el periplo del mar Eritreo, las mercancías de la *Sérica* llegaban á los puertos de la India por la ruta de Balkh tan bien como por la del Ganges. Todos estos indicios no convienen sino al Tibet.

Ptolomeo no difiere de estos autores sino aparentemente. Sus longitudes, establecidas á capricho, según un itinerario de caravanas comerciales, colocan la *Sérica* en medio del Oceano Pacífico. Una valuación tan evidentemente falsa no habrá menester largas discusiones. Atengámonos á lo que sabía Ptolomeo

sobre la posición general de la Sérica y sobre la marcha de las caravanas que en ella acudían. La Sérica, según este geógrafo, estaba rodeada al este por tierras desconocidas, lo que nos prueba que no era la China, bañada al este por el mar. Al sur los montes *Emondus* y *Ottorocorrhas* la separaban de la India: luego el Emondus y el Imaüs de los antiguos forman la cordillera llamada *Emod*, *HemaéHimalaya* ó *Himale* por los indios modernos. En cuanto al nombre de Ottorocorrhas está evidentemente compuesto de los vocablos sanscritos *Uttara Guru*, que significan *país del norte*, y este nombre se conserva todavía, bien que un poco cambiado, en la parte septentrional del reino de Ascham. Estas circunstancias fijan la posición de la Sérica al norte de la India; y cuando habrémos añadido, con Ammiano Marcelino, que los seros eran vecinos de la *Ariana*, esto es, de la parte oriental de Persia, y que la Sérica era una llanura muy elevada, coronada de altas montañas, y que derramaba sus aguas por todos lados, no se puede dudar que este país abrazó el grande y pequeño Tibet, con una parte de la pequeña Bukharia, la Cachemira, y algunas otras llanuras de los países montañosos en que tienen su origen el Indo y el Ganges. También, como lo ha observado Gossellín, un geógrafo del siglo sexto considera á los seros como indios, y en el noveno extiende otro escritor la *India Sérica* desde Bactra hasta Palibothra.

Se encuentran en las comarcas que acabamos de indicar, según Ammiano y Ptolomeo, los pueblos y ciudades de la Sérica, siéndonos ya conocidos los *tocharos*, los *attacoros* y algunos otros. *Asmira* parece ser Cachemira; *Issadón* corresponde á Iscerdón ó Shekerdón, en el pequeño Tibet. Una montaña al este de Cachemira, llamada *Naubandh*, ha dado su nombre á los *nabonnas* de Ptolomeo.

La ciudad de Ser-Hend es la *Serinda*, adonde, según Procopio, iban los griegos del Bajo Imperio á buscar los gusanos de seda. Después de una extensión de regiones desconocidas, los *batas* de Ptolomeo, ó *betas* de Ammiano, representan el nombre mismo del Tibet, compuesto de dos palabras: *Ten*, el país, y *But*, el dios Buda, pronunciado *Tabathe* por algunas naciones vecinas. En el centro del Tibet propiamente dicho existe todavía, aunque en el día poco conocida y casi desierta, la ciudad de *Sera*, á la que Ptolomeo da el epíteto de *metrópoli* ó capital, siendo evidentemente *Sera-Metrópolis* y *Seri-Nagar* los dos nombres antiguo y moderno de esta ciudad. «Sábase,—dice Gossellín,—que *nagar*, en la India y en algunas comarcas vecinas, es un título que se da á las ciudades de primer rango.» El *Daum*, al norte del Tibet central, corresponde á la comarca de los *damnas* de Ptolomeo. Otros nombres se encontrarán cuando se conocerán mejor la pequeña Bukharia y el norte del Tibet. Estas nuevas explicaciones no nos permitirán seguir la opinión de Gossellín acerca de los ríos de la Sérica. Según la hipótesis de este sabio, el río *Oechardes*, procedente de las montañas de Escitia, corresponde al de Iarkend; el *Bautes*, con sus dos ramas, representa la parte superior del Ganges, cuyo brazo principal, entre otros renombres índicos, lleva el de *Badauti*; y, si alguna duda se puede ofrecer acerca del Oechardes, nos parece casi cierto que el Bautes no es más que el Brahmapoutra, ó el gran río del Tibet, llamado también *río de But* ó de Buda.

La línea de las caravanas mercantiles se reconocía con bastante certidumbre, sobre todo si se atiende al género de comercio que tenían por objeto. La *materia sérica*, según todas las probabilidades, era esta seda grosera que, en los países al norte de la India, la ciega industria de

un insecto depone en las hojas de los morales, y que Plinio, á pesar de tomarla por un vello natural, la distingue del algodón. Además de la materia sérica, es necesario observar el *sericum*, estofa de seda, probablemente de la misma clase que las que se trabajan todavía en el reino de Aschán, y que las mujeres romanas deshacían hilo por hilo para tejer de nuevo las gasas trasparentes al través de las cuales las matronas, vestidas sin estar cubiertas, ostentaban en público todos sus encantos. La isla de Cos, en la que crecía una seda grosera, había presentado el modelo de estas estofas, reservadas entonces únicamente para las cortesanas. Cuando las guerras con los partos interrumpieron el comercio directo con la Sérica, la seda se hizo tan escasa que se pagaba á peso de oro. Algunos monjes, enviados por Justiniano, llevaron de las riberas del Indo estos preciosos gusanos, que han llegado á constituir una de las riquezas de la Europa meridional. Otro objeto del comercio de la Sérica era el excelente hierro, que es todavía una de las mejores producciones de los países en que nacen el Ganges y el Indo. Por último, exportábanse de la Sérica peleterías y bolas odoríferas y aromáticas, llamadas *malabathrum*; y si bien se ha querido también encontrar la hoja de betel, llamada *tamalapatra*, en el Indostán, nosotros creemos ante todo que era ello el almizcle del Tibet.

Las caravanas mercantiles de la Sérica, que salían de Bactra ó Balkh, subían hasta los *comedas*, cerca de las fuentes del Iaxartes, iban á parar á Taschkend, que es la *torre de piedra* de Ptolomeo, pasaban probablemente por el desfiladero de Conghez, atravesaban la región *Casia*, nuestro Kachgar, y de allí se dirigían al sudeste, llegando, por fin, á la capital de los seros, después de una marcha de sie-

te meses, empleada sin duda en visitar el país en todas sus direcciones, y en recoger en todas partes el pelo de cabra, seda y *malabathrum*.

Los seros, pueblo pacífico, pero salvaje, evitaban el trato con otras naciones; aguardaban la visita de los mercaderes extranjeros, y, sin dirigirse la palabra, cambiaban sus mercancías con el metálico de Europa. Un comercio semejante supone necesariamente una larga permanencia y carreras frecuentes; pero, al querer apreciarlas, Marino y Ptolomeo han colocado á la Sérica demasiado al este. Mas el único hecho positivo de este itinerario es la marcha al *sudeste* desde Kachghar hasta *Sera-Metrópolis*, que se une al conjunto de pruebas que hemos recogido para no dejar ninguna duda sobre la identidad del Tibet y de la Sérica. Entre los Alpes de Asia y en los bordes del gran desierto de Cobi ó Chamo, desaparecen los últimos indicios claros de la geografía antigua (1).

Este mundo conocido de los griegos y los romanos, este mundo cuyos límites extremos acabamos de señalar, va, sin embargo, á desplomarse y á desaparecer

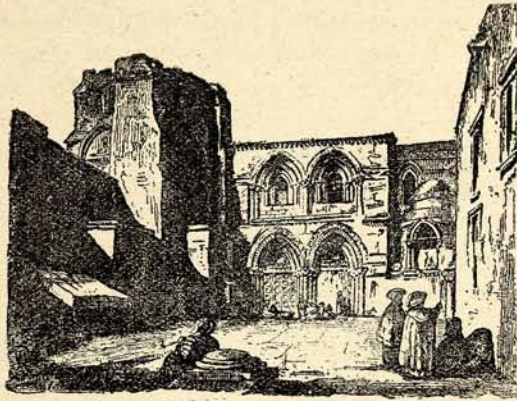
(1) En una atinada memoria, el célebre naturalista Latreille habla de tres Séricas. Su primera Sérica, es decir, la de Ptolomeo, es la del Asia superior, la cual ocupa una parte del Turkestan chino, y no del Tibet, como supone Malte-Brun; siendo su capital *Sera-Metrópolis*, hoy Turfan, extendiéndose hasta el desierto de Gobi.

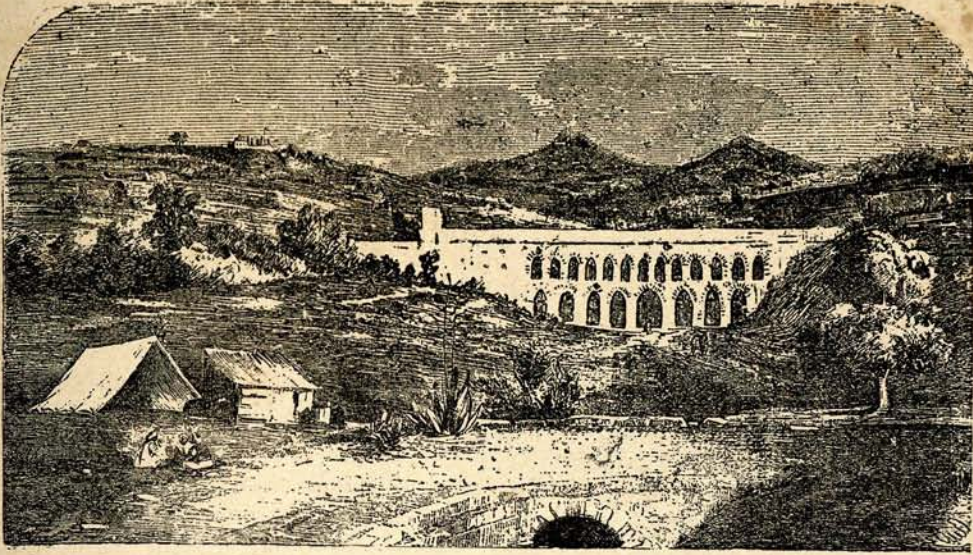
La segunda Sérica se encuentra en el norte de la India. Es la *Serinda*, una de las ciudades de aquellos segundos seros que en tiempos de Justiniano trasportaron á Constantinopla, por primera vez, los huevos del gusano de seda.

Y la tercera Sérica, de que tanto hablaron los antiguos, es la que Latreille llama Serie (Seria), situada más allá del Ganges, en la India, donde se encuentra *Serus* y la *Sera-majore* de Ethicus y el cuadro de Pentinger. Dos clases de *capullos* harto conocidos, dice Latreille que producen desde tiempo inmemorial una seda de grandísimo uso.—E. C.

para siempre. Levántanse los pueblos bárbaros; brilla en sus manos el hierro vengador; sus hordas, que el valor hace innumerables, arden en deseos de destruir estas soberbias ciudades, de las que

acabamos de buscar la situación. Sigamos con el pensamiento estas revoluciones rápidas que á cada momento hacen variar el cuadro confuso y oscuro de la *geografía de la edad media*.





LIBRO DÉCIMOCUARTO

Continuación de la historia de la geografía.—Cuadro de las emigraciones de los pueblos.—Desde el año 500 hasta el 900.

PARA desarrollar debidamente la inmensa serie de cambios que sufrió la geografía durante estos siglos, se necesitarían volúmenes enteros. Trataremos, empero, de encerrar este vasto cuadro bajo un solo punto de vista, examinando la posición de cada pueblo antes y después de la grande emigración, empezando por indicar la marcha general de estas largas revoluciones.

El *Imperio Romano*, dividido entre los hijos de Teodosio, camina á su disolución; el Occidente cae por completo en el dominio bárbaro. La Inglaterra está abandonada á los sajones, la Galia ocupada por los francos, la España por los visigodos, el África por los vándalos, Roma é Italia pasan también del yugo

de los hérulos á la dominación de los ostrogodos. En vano el *imperio de Oriente* recobra algún vigor en tiempo de Justiniano; en vano Belisario y Narses libran á la Italia y al Africa, pues Constantino-pla no gozó por mucho tiempo de sus conquistas. La Italia, abandonada, sucumbe al poder de los lombardos: sólo algunas provincias meridionales quedan en poder de los griegos. Roma se entrega, por último, en brazos de Carlomagno, poniendo en la cabeza del vencedor de los lombardos, de los sajones y de los sarracenos la nueva corona imperial de Occidente. De este modo cesaron en el año 800 los trastornos geográficos de la Europa occidental, quedando empero el *Oriente* en esta época en un estado indeciso. Las naciones godas y hunas habían

devastado sus provincias de Europa, en las que fijaron su morada los búlgaros, los servios, los húngaros y los valacos. La Persia invadía las fronteras orientales. El imperio, que se defendía ya débilmente contra este doble ataque, fué como cogido de flanco por un tercer enemigo; los árabes se apoderaron de casi todas las provincias del Asia y Africa; pero su inexperiencia en la guerra marítima y la fuerte posición de Constantinopla detuvieron sus progresos.

Este desbordamiento de los pueblos, á la vez conquistados y conquistadores, tuvo por causa general, sin duda, el acrecentamiento de población en el norte, desproporcionada con los medios de subsistencia que suministraba entonces una tierra poco cultivada. Pero para determinarse el movimiento casi simultáneo de tantas naciones, fué necesaria una primera impulsión, y ésta fué dada en dos puntos muy distantes entre sí: del centro del Asia, un coraje desesperado precipitaba la inmensa multitud de *hunos* de ruinas en ruinas; del centro de Escandinavia, un espíritu atrevido y temerario conducía un reducido número de *godos* de conquista en conquista; y el encuentro de estas dos naciones hizo bambolear al imperio romano, y abriendo las avenidas precipitáronse todos los pueblos bárbaros sobre la rica presa que acababa de indicarles, disputándose unos á otros los ensangrentados despojos de Europa.

La nación de los hunos fué conocida de los chinos con el nombre de *Hiog-nu*. Dos siglos antes de J. C. habitaban el nordeste de China, en el país actual de los mogoles y de los calmuco, y sin duda eran de la misma raza que estos dos pueblos, como lo prueba el retrato que de ellos trazó un historiador. La Europa vió con tanta indignación como espanto á estos conquistadores, de un exterior in-

noble, pequeños, rechonchos, con cabellos ásperos como crines, nariz deformada, y los huesos de los carrillos muy salientes. Revoluciones civiles y guerras desgraciadas determinaron á los hunos á emigrar al Occidente; y en el año 300 se extendían desde el país actual de los bachkiros, que se llamó *Grande Hunia* ó *Hungaria*. Atacados en este país por otras naciones asiáticas, por los años de 400, invadieron las comarcas del derredor del Palus-Meótides, en donde subyugaron á los *alanos*, é incorporándose esta numerosa nación sometieron el reino godo en Polonia, y, según algunos autores, penetraron hasta Escandinavia. *Atila* vuelve sus armas hacia el mediodía, é invade la Germania, la Dacia y la Gallia; pero, finalmente, las fuerzas reunidas de los francos, de los visigodos y de los romanos detienen en las llanuras de Châlons este torrente devastador. Sin embargo, al año siguiente, Atila destruye á Aquilea; y acaso hubiera acabado la conquista de Europa, si una súbita muerte no hubiese puesto término á sus vastos proyectos. Disuélvese su inmenso imperio, los gépidas y otras naciones sometidas sacuden el yugo, las hordas húngaras, desunidas entre sí, se refugian en los pantanos de Meótides, como los *uturguros* en las cavernas del Cáucaso, como los *sabiro*s, ó bien se confunden con la masa de las naciones pacíficas. Tal vez los rusos deben su origen á una mezcla de hunos con eslavos.

Hemos visto ya que los geógrafos antiguos conocían *hunos* ó *unos* en las orillas del mar Caspio, y *chunos* entre el curso del Boristenes, que eran sin duda dos tribus de la gran nación húngara; pero no se puede decir lo propio con respecto á los hunos establecidos en la Frisia y la Westfalia antes de los siglos V ó VI. Los simples monumentos que ha dejado esta nación, y las tradiciones semifabu-

losas de los historiadores islandeses, sólo nos dan algunas ideas dudosas sobre el asiento de esta *pequeña Hunia*, conocida tan sólo de los francos y de los escandinavos.

Los *godos* figuran, en la historia de la grande emigración, menos como un pueblo que como un ejército de aventureros; y si figuraron en primera línea en el trastorno del imperio romano fué porque fueron los primeros que se encontraron con la invasión húnica, y, acosados luego en sus posesiones, su proximidad con la frontera romana, más débil y más recientemente establecida, les abrió un camino fácil para nuevas conquistas. Yo no discutiré de ningún modo si los godos y otros muchos pueblos europeos vinieron del Asia. Puede ser que, salidos de las cercanías del Tanais en una época sumida en la noche de los siglos, hayan seguido poco más ó menos el mismo camino que los sármatas para ir á fijarse en Escandinavia, en donde han debido establecerse las naciones godas cinco siglos antes de J. C., puesto que Piteas, un siglo más tarde, los encontró, como hemos dicho, más arriba, en un estado diferente del de los pueblos salvajes primitivos. Es, pues, un absurdo manifiesto desechar las tradiciones históricas de los islandeses, tan ciertas por lo menos como las de Herodoto, y fundadas, como la historia de los primitivos griegos, en genealogías que, aclaradas por las investigaciones vastas y profundas del Varrón danés, *Mr. de Shum*, y apreciadas según las sanas reglas de Freret, remóntanse á lo menos al año 250 antes de J. C. Los islandeses conocían godos continentales en las orillas del Báltico, en un país llamado *Reid-Gothland*, probablemente entre las desembocaduras del Vístula y del Oder; y godos insulares en el *Ey-Gothland*, probablemente la península de Escandinavia. Jornandes, autor y letra-

do, pero único copista de los escritores godos del siglo quinto, está acorde con los islandeses en el punto principal: hace salir á los godos continentales de la Escandinavia, y señala en esta península las provincias y pueblos de *Ostrogotia*, de *Vagoth*, esto es, *West-Gocia*, de *Suet-hans* ó suecos, de *Finnait*, el distrito de Finved en Esmalandia, de *Raumarike* y de *Ragnarike* en la Noruega meridional, y además otra cuya bárbara ortografía sería fastidiosa de discutir. Estos nombres, llegados á oídos de Jornandes en el siglo sexto, debieron necesariamente estar en uso mucho tiempo antes, porque los verdaderos nombres de los pueblos bárbaros se extienden con lentitud. Por otra parte, muchas denominaciones góticas permanecen todavía en las provincias que los llevaron hace ya quince siglos; prueba evidente de la veracidad de los autores copiados por Jornandes.

Escandinavia, mejor conocida por sus propios monumentos históricos que ninguna comarca del norte en esta época, nos da una idea de toda la Europa bárbara. Un gran número de príncipes, que todos pretendían descender de Odino, dios de la victoria; tantos reinos como distritos que había señalado la naturaleza; un pueblo cuyo valor suplía al número; jefes cuyo genio natural desbarataba las combinaciones políticas y militares de un enemigo más civilizado; leyes sencillas, pero llenas de sabiduría; una grande unión para resistir al enemigo común; y, por último, un entusiasmo exaltado por la religión, que permitía á los jefes emplear á todos los hombres hábiles para ello: tales eran las ventajas de estos pueblos llamados bárbaros, y sobre todo de los godos sobre los romanos. Todo esto bastaba para vencer á los degenerados hijos de los Rómulos y de los Brutos.

En su marcha hacia el mediodía, los

godos parece que siguieron el curso del Vístula, y luego la cordillera de los montes Carpatos. Ptolomeo, que conocía en Escandinavia á los *gutas*, llamados expresamente godos por un autor del siglo quinto, coloca una nación gótica cerca de la desembocadura del Vístula con el nombre de *ghytones*; Plinio y Tácito extienden su país hasta las riberas del Oder: el primero los llama *guttones*, el segundo *gothones*; y estas tres maneras de escribir el mismo nombre representan las tres maneras con que lo pronuncian los mismos escandinavos. Plinio considera á los godos como una tribu secundaria entre los *vandalios* ó vándalos, que al parecer formaban entonces el pueblo dominante. Estos godos de Prusia eran, pues, ó débiles restos de la antigua emigración de su raza, ó colonias nuevamente establecidas. Las emigraciones sucesivas de los godos de Escandinavia, divididos en *ostrogodos* y *vestrogodos* ó visigodos, dieron á los godos de la Sarmacia nuevas fuerzas y jefes atrevidos. Invadieron todas las comarcas del Vístula, sometieron los vándalos y otros varios pueblos, que desde entonces fueron considerados como godos. Los *victofales*, tribu goda, combatieron con los quados y marcomanos contra Marco Aurelio. Bajo Caracalla, en 215, se encuentran ya avanzadas allende los Carpatos, puesto que hacen la guerra á los romanos sobre el Danubio. En el intervalo del 280 al 300 invadieron probablemente el país de los bastarnos, situado sobre el Dniester y el Pruth; pues que Lactancio, en 304, habla de un pueblo arrojado por los godos y recogido por el emperador Galerio. Pero ¿qué pueblo podía ser éste? Vopiscus, dice, unos veinte años antes, que el emperador Probo recibió amigablemente 100,000 bastardos y les dió una comarca en la Tracia. Los godos siguieron naturalmente el curso del Vístu-

la, y luego el del Dnieper; también se ve á los *hérulos*, nación probablemente gótica, descender el Boristenes con una flota de quinientas velas, para saquear á Bizancio. No es extraño que los romanos, viéndose atacados por los godos del lado del Danubio, confundiesen estos pueblos ya con los getas, ya con los escitas, y que historiadores ignorantes de estos siglos de decadencia, que no habían leído á Plinio ni á Ptolomeo, repitiesen semejante error de nombres.

En el siglo IV de nuestra era, el gran *Hermanarico*, elevado al trono de los godos, reunió según sus leyes todas estas bandas guerreras que extendían sus correrías desde el Báltico al Danubio, desde el Vístula á la otra parte del Boristenes. Pronto dirigió sus armas por la parte del nordeste, y sometió á los *astionos*, pescadores del ámbar amarillo; los *coldas*, probablemente en Curlandia, alrededor de la ciudad de Koldiga (Goldingen); los *merenos*, en las riberas del Merecz en Lituania; los *mordensimnos*, y otros pueblos cuyos nombres parecen sármatas ó fineses. Pero en los desiertos del Asia se levantaba una tempestad; pues los hunos atacan el imperio de Hermanarico, y los godos, que más bien formaban un ejército que un pueblo, no pudiendo resistir á las hordas innumerables que vomitaban el Volga y el Tanais, sucumbieron, por fin, y Europa con ellos.

Durante este gran naufragio, una parte de los godos se salvó en una comarca llamada *Caucalandia*, probablemente el distrito de *cacoenses* de Ptolomeo y el Cacawa de los mapas modernos, al sur de los Hermanstadt en Transilvania; otra porción de godos parece que se refugió también en las montañas del mediodía de Cracovia, en donde la mayor parte de nombres de familia son *góticos* y no eslavos. Un resto de los godos se mantuvo

largo tiempo en Prusia con el nombre de *gudivari withivari*, esto es, resto de los withos ó godos. Por esto los lituanios dan aún hoy día á los prusianos el nombre de *gudai*.

La mayor parte de los godos se refugió en las tierras de los romanos. Los ostrogodos obtuvieron una nueva patria en Panonia. El prudente y valeroso *Teodorico*, en 489, los condujo á la conquista de Italia; añadiendo á más la Recia, la Nórica, una parte de la Ilírica, y en Galia la Provenza. *Rávena* fué la capital de este vasto estado, que no supieron mantener los sucesores de Teodorico. Los griegos del Bajo Imperio se hicieron dueños de Italia hacia el año 553.

Si me fuese permitido detenerme algunos instantes para rendir justo homenaje á la grandeza moral de un pueblo vencedor de los vencedores del mundo, veríamos á los ostrogodos restablecer en Italia el orden civil y administrativo, hacer respetar de nuevo al senado romano, levantar ó restaurar más monumentos de los que habían destruído, reprimir las disensiones de las sectas cristianas, cegar los pantanos, proteger el comercio, y, en una palabra, portarse de manera que el gran rey Teodorico se atrevió á decir á sus romanos sometidos: «Imitad á mis godos, que añaden á vuestra civilización la virtud de sus antepasados, y saben combatir á sus enemigos y vivir en paz entre sí.» Pintaría también á este ilustre descendiente de Odino, árbitro de los reyes y de los pueblos, colocando á sus hermanos ó á sus hijos en los tronos de los visigodos, de los burguñones, de los turingios y de los vándalos, adoptando por hijo un rey de hérulos, y concibiendo así de antemano el gran sistema de la confederación europea. Pero el plan de esta obra nos recomienda la rapidez, y nos obliga á seguir sin interrupción las huellas de las naciones góticas.

Muchos de los godos que, establecidos en el Borístenes, buscaron en el Quersoneso táurico un asilo contra el furor de los hunos, fueron conocidos de los escritores bizantinos con el nombre de *gothi tetraxite*. Escritores de los siglos IV y V hablan de una comarca de los godos en Crimea, y un viajero del siglo VI conoció en Constantinopla habitantes de esta península que hablaban un idioma evidentemente gótico.

Una rama de los ostrogodos, los *gruthungos*, estaban esparcidos hasta el interior del Asia menor. Su nombre viene probablemente de *grud*, que significa alianza, y tal vez formaron el origen de la milicia gótica, llamada en el Bajo Imperio los *federados*.

La Tracia había sido el asilo de los visigodos durante la invasión húnica. *Alarico*, jefe de una parte de la nación, pasó á Italia hacia el año 400, y los visigodos bajo *Ataulfo* (Adolfo) marcharon sobre la Galia y España. La Septimania trocó su nombre por el de Gocia, denominación que dejó huellas hasta el siglo trece. Tolosa fué por espacio de mucho tiempo capital de los visigodos. El rey *Eurico*, ó Erico, legislador de su pueblo, extendió su dominación hasta las riberas del Loira; pero en tiempo de su hijo la Galia cayó en poder de los francos en la batalla de Vouillé. En España el reino de los suecos, que comprendía la parte del norte y del oeste, fué conquistado por los visigodos, que á su vez son arrojados por los árabes en 714, y entonces reaparece con su antiguo nombre. Sólo *Cataluña*, ó *Gothalamia*, conserva en su nombre, como en el genio y en la audacia de sus habitantes, el recuerdo de los godos y de sus aliados y precursores los *alanos*.

Este último pueblo, procedente de los alrededores del Cáucaso, ó, según otros, de las riberas del Taik, terminó sus co-

rrerías y su existencia en Lusitania. Eran probablemente de la raza primitiva de los godos, que permaneció en Asia en una época desconocida, y cuyas colonias sobre el Borístenes conocían ya los antiguos. La historia del primer siglo de la era vulgar los muestra, por una parte, vecinos del Danubio; por otra dueños de los desfiladeros del Cáucaso y enemigos de los partos. En el siglo cuarto son constantemente vecinos y aliados de los godos. A pesar de esto, todos los historiadores bizantinos dan á los albanes del Cáucaso el nombre de *alanos*; y los viajeros emplean hasta el siglo sexto la misma denominación, sin que sea posible decidir si estos alanos del Cáucaso son un resto de los otros, ó si una denominación parecida ha sido común á dos naciones diferentes. Los alanos, conocidos en la grande emigración, tuvieron por compañeros de aventuras á los *suevos* y á los *vándalos*, nombres que más que una nación designan una liga de muchos pueblos, tales como fueron las confederaciones de los francos y de los sajones. El mismo nombre de suevos indica un pueblo errante, de los que en parte siguieron á los alanos. Ocuparon la alta Suabia mientras que los *alamannos* moraban en las orillas del Necker. Cuéntase á la *Suabia* entre las provincias sometidas al cetro de Teodorico; pero la mayor parte de los críticos leen *Savia*. Más tarde, y particularmente después de la caída de los *alamannos*, este nombre absorbió al de *Alemannia*. Los *vándalos*, disfamados desmedidamente, habitaban, según la opinión más verosímil, en Moravia, ó tal vez hacia las fuentes del Elba: este era, á lo menos, el sitio de los *silingos*, tribu vandálica nombrada por Ptolomeo. Sobre el Danubio, en Austria y Baviera, los *vándalos* se muestran ya enemigos, ya vecinos pacíficos de los romanos. La tabla de Peutinger los sitúa en Baviera.

Los *astingos*, tribu vandálica, vivía entonces en la Dacia, y luego en Panonia, como vasallos de los romanos. Los alanos, siguiendo el curso del Danubio, reunieron en sus banderas las tribus vandálicas y los suevos, que asolaron la Galia y la España por los años de 407 á 410. Los suevos se fijaron en la Galia, reino que, estrechado cada vez más por los visigodos, acabó su existencia en 585. Los *vándalos* ocuparon la Bética, que tomó entonces el nombre de *Vandalicia*, del cual se ha formado *Andalucía*. Conducidos por el genio atrevido del infatigable Genserico, pasaron al África y sometieron las costas septentrionales de esta parte del mundo. Hasta el mar Mediterráneo tomó también entonces el nombre de *Wandelsea*, mar de los *vándalos*; formando por algún tiempo la Sicilia y la Cerdeña parte de su reino, que sucumbió en 530 á los ataques de Belisario. Los *vándalos*, parecidos á los godos por su elevada talla, por su blancura resplandeciente y el color rubio de sus cabellos, se entregaron en África á los mismos placeres que habían debilitado la pujanza romana: vestidos de oro y seda, repartían el tiempo entre los baños, los espectáculos y el amor, habitando magníficos jardines adornados de surtidores, cuyo origen se atribuye equivocadamente á los moros. Pero el cuadro de crueldades cometidas por este pueblo debe sus más sombríos colores al aborrecimiento religioso que animaba á los cristianos ortodoxos contra los sectarios de Arrio, entre cuyo número se incluían los *vándalos*.

No se puede precisar de qué punto de Germania salieron los *burgundos*, *burgundiones* ó *burguñones*, que atacaron al imperio romano por los años de 275. Según la opinión más generalmente admitida, formaron una tribu gótica ó vandálica, que hizo correrías desde las riber-

ras del bajo Vístula, por un lado hacia la Transilvania, y por otro hacia el centro de Alemania. El aserto de Ammiano Marceliño, que les llama descendientes de los romanos, puede explicarse por su alianza con estos últimos contra los almannos cuando moraban en Franconia. Una opinión extravagante inventada en el siglo sexto, y repetida por los celto-manos modernos, les hace salir de las Galias en una época desconocida; pero esta quimera, no apoyada en testimonio alguno histórico, sólo merece ser citada para demostrar hasta qué punto la vanidad nacional puede conducir á los forjadores de sistemas. Lo cierto es que los *burgundiones* partieron de las orillas del Mein para pasar el Rhin en 407, y se establecieron en Galia hacia el año 436.

El primer reino de *Borgoña* encerraba en sus límites la Borgoña moderna, el Franco Condado, la Suiza, el Valés, la Saboya, y el Lionés; extendiéndose también por algún tiempo hasta Provenza; pero sólo duró del año 414 al 536, época en que los francos lo dominaron.

Todo lo que nos resta de la lengua de los burguiñones es godo: hasta el traje rojo sin mangas, llamado *armilausa*, por el que se ha dado el nombre de *armilausinos* á una tribu burguiñona, comprueba que estos pueblos hablaban un idioma gótico. Ninguno de sus usos conduce á un origen diferente. Salidos nuevamente de los bosques del norte, conservaban un exterior grosero; su estatura era gigantesca; amaban apasionadamente el ocio, el canto y la música; la manteca rancia les servía de pomada. Teodorico el ostrogodo envió al rey de los burguiñones un reloj, como un objeto para hacerle apreciar las ventajas de la civilización. Pero sus leyes equitativas, aunque severas, prueban que tenían alguna razón en decir: «Tenemos á honor el ser bárbaros antes que romanos.»

¡Cuántas tribus conocidas y aun célebres en la historia, pero de las cuales el geógrafo busca en vano las huellas fugitivas sobre esta tierra que han llenado con la fama de sus hechos! El primer conquistador bárbaro que se atrevió á sentarse en el Capitolio como soberano, el famoso Odoacro, fué jefe de los *turcilingos*, de los *scyros* y de los *hérulos*; pero ¿de dónde salían estas poblaciones que trastornaban el trono de Occidente? Cuando se observan en Plinio y Mela los nombres de *turcos*, en el que á la verdad los críticos pretenden reconocer una mala copia del nombre de los *jyrkas* de Herodoto; cuando se reflexiona sobre la posición de estos pueblos hacia las fuentes del *kama* ó del Rha oriental; cuando se observa, por último, que los turcos según el Edda, acompañaron á Odino en la época de su llegada á Escandinavia; casi nos decidiríamos á admitir una antiquísima emigración de algunas familias turcas ó tártaras hacia el norte de Europa. El nombre de turcilinga, explicado según la analogía de las lenguas góticas, significa descendiente de los turcos. Los *scyros*, que están colocados por Plinio al lado de los *hirros*, al norte de los *venedos*, en la Curlandia y Libonia actual, aparecen al fin del siglo cuarto hacia el bajo Danubio como enemigos de los romanos y vasallos de los hunos. Un gran número de ellos, caídos en poder de los romanos, fueron esparcidos por el imperio como esclavos ó como soldados. Sus numerosas hordas, después de haber tenido desavenencias con los godos en Panonia, se atrevieron á pedir á los romanos el tercio de todas las tierras de Italia, y, unidas á los hérulos, destronaron el último emperador de Occidente; pero su efímera pujanza cedió ante la de los ostrogodos.

Según los escasos testimonios que nos suministran los historiadores, los *hérulo-*

los, arrojados de Escandinavia por los daneses, parece que moraron algún tiempo en el Mecklemburgo actual, en los alrededores de Werle y en las cercanías de los *varnos*, ó *varinos*, cuyo poder, después de haber abrazado muchas comarcas situadas desde el Báltico y el Óder hasta el Rhin, sucumbió á los golpes de los francos. Esto es lo que indica la marcha de los hérulos sometidos á los romanos, cuando envían á *Thule* para buscar un rey: atravesaron, dice Procopio, el país de los eslavones, de los *varnas* y daneses. Las primeras excursiones de estos atrevidos aventureros se extendieron por todo el imperio romano: aquí se los ve atacar la Galia juntamente con los *chaitbones* ó *caviones*, pasar por el estrecho de Gibraltar, y desolar las costas de Italia; allí sus numerosas flotas salen del Dniester, toman á Bizancio, llevan á sangre y fuego las costas de la Grecia. Algún tiempo antes y después de su invasión, en Italia, poseían vastos estados en la alta Hungría y la Moravia: parece que tocaron por un lado á los turingios, y por otro á los lombardos, que aniquilaron su poder y les obligaron á ponerse á sueldo del imperio de Oriente.

La exposición que acabamos de trazar de las emigraciones de los hérulos no satisfará, por cierto, todas las opiniones. Sin hablar de los sistemas extravagantes, daremos á conocer la hipótesis de los que han querido encontrar los *hérulos* en los *hirros*, cuyo nombre ha quedado á la Hirria en Estonia; idea apoyada por la vecindad de los *scyros*, hermanos de armas de los hérulos. Otra opinión más aventurada, pero que no deja de tener mucho crédito, los considera como una raza muy extendida, á la que pertenecían los letones ó lituanos, los samogicianos y los antiguos prusianos; considerando, en tal caso, á los hérulos de Mecklemburgo como una colonia de esta raza. Sin

embargo, el único fundamento que apoya esta hipótesis es una aserción de Lasius, que ha dado por herúlica una versión lituánica ó prusiana de la oración dominical. Pero ¿cómo sabía que este trozo era *herúlico*? ¿qué pruebas ha dado de ello? Todos los nombres de los antiguos hérulos, únicos restos auténticos de su idioma, parecen godos; mas es necesario convenir en que esta tribu se diferenciaba de todas las demás por caracteres esenciales. ¡Qué rapidez en sus frecuentes correrías! Algunos han atravesado los montes y los mares con la ligereza del águila; pero los hérulos lo hicieron con la celeridad del rayo. Combatían casi desnudos, como los *berserkas* de los historiadores islandeses, con un denuedo parecido al furor; y la mayor parte de este pueblo, en verdad poco numerosa, descendía de sangre real. Pero la ferocidad y la licencia desenfadada mancillaron todas sus victorias. El godo respetaba los templos, los sacerdotes, el senado; el hérulo lo destrozaba todo: ni compadecía á la vejez, ni respetaba el pudor; y la misma ferocidad usaba para sí mismo, pues los enfermos y el anciano se hacen dar la muerte en una fiesta solemne, y la viuda acaba su existencia colgándose en el árbol que cubre la tumba de su esposo. Tales indicios, que no pueden pasar desapercibidos á un espíritu familiarizado con las historias escandinavas, casi podrían darnos á entender que los hérulos, mejor que una nación, era una reunión de príncipes y señores á quienes un juramento obligaba á vivir y morir juntos con las armas en la mano. Su nombre, escrito ya *hérulos* ó *érulos*, ya *airulos*, según un autor antiguo; significa *señores*, por lo que parece que corresponde mejor á la palabra escandinava *iarl* ó *carl* que á ninguno de los que han propuesto los etimologistas, que no son pocos.

Menos puntos discutibles presentan los *rugios* ó *rugienos*, tribu germánica, muy relacionados con los godos que habitaban las laderas de la desembocadura del Óder: una isla del Báltico ha conservado su nombre. Hostigados por los godos en el intervalo de 450 á 487, formaron un estado en las orillas septentrionales del Danubio, frente á la Nórica, al que dieron el nombre de *Rugilandia*, y que abrazaba probablemente la Moravia y una parte del Austria. Vencidos por los hérulos, hallaron en parte un asilo en los ostrogodos; pero, no uniéndose en matrimonio con gente de otras tribus, conservaron su nombre bastante tiempo.

La serie de naciones venidas de la Escandinavia, ó de las riberas del Báltico, termina con los *gépidas*, cuyas primeras aventuras y la situación de su isla, rodeada por el Vístula, y llamada *Gepid-Oios*, que era su morada en tiempo de la invasión de los hunos, son puntos enteramente envueltos en tinieblas. Distinguidos por su valor entre los pueblos que condujo Atila á los campos cataláunicos, se aprovechan de la debilidad de sus hijos para sacudir el yugo de los unos y rechazar á estos bárbaros á las orillas del Tanais. Dueños de los países situados entre el Danubio, el Teis ó *Tisiano*, y el *Tausis*, río desconocido, dan á estas comarcas, que es la Dacia de los romanos, el nombre de *Gepidia*, y se esparcen por Panonia, á la otra parte del Teis y del Danubio, y reciben de los aterrorizados romanos un tributo anual, como en rehenes. Al cabo de un siglo, los longobardos echan abajo el poder de los *gépidas*, y, después de haber dividido su país con los ávaros, dejan bien pronto la posesión á esta nación asiática.

Los pueblos que trastornan la geografía del mundo político dejan de ordinario más ruidosos recuerdos que monumentos duraderos. Los reinos fundados

por los godos han brillado un momento, como los metéoros que alumbran á lo lejos la bóveda de los cielos. La geografía conserva las huellas más profundamente marcadas de los *alamannos*, de los francos, de los bárbaros, de los lombardos, de los turingios, de los sajones y frisones, todos pueblos germánicos.

Hablemos primeramente de los *lombardos*, porque con ellos terminó, á lo menos por muchos siglos, este desbordamiento de pueblos septentrionales que mudaban alternativamente la faz de Italia. Los lombardos eran originarios de Escandinavia, según sus propias tradiciones; y en el siglo primero vivían entre las naciones suevas de Germania. En el siglo segundo, parece que su poderio cundió, según Ptolomeo, siquiera por algunos instantes, hasta las márgenes del Rhin. Verdad es que iban desapareciendo de Germania; más es punto menos que imposible seguirlos en sus vagabundas excursiones á los desconocidos países de *Vurgundaib*, de *Authaib* y de *Banthaib*, nombres en realidad extravagantes, en los cuales han creído muchos reconocer á los burgundiones, los eslavos-antes y los vándalos. Tampoco es lícito calificar de fabulosas estas emigraciones, como ha hecho un gran filósofo y mediano historiador; pues vemos indudablemente á los longobardos asomar de nuevo del alta Hungría y del Austria. Antes del año 500, los hallamos ya dueños de Rugilandia, cuya situación acabamos de indicar; mas, habiendo vencido á los hérulos, extienden su dominación á una comarca llamada *Feld*, es decir, llana, que los unos buscan al norte de Viena, y los otros en el centro de Hungría. Medio siglo después conquistaron la Panonia sobre los *gépidas*; y en 568 entran en Italia, y avasallan sucesivamente su parte superior con la Toscana y las regiones centrales hasta

Benevento, quedando en poder de los griegos la ciudad de Roma, el exarcato de Rávena, y las extremidades meridionales. Pavía era la capital de la Italia lombarda, que fué dividida en treinta y cinco *ducados*, cuyos títulos se han conservado largo tiempo. El ducado de Benevento, que subsistió hasta 891, constituía un estado casi independiente; el ducado de Friuli recibió el nombre de *Austria*, ó comarca oriental; y el de Turín fué llamado *Neustria*. El reino de Lombardía fué conquistado por Carlomagno en 774, pero se consideró mucho tiempo como un estado diferente; por cuyo motivo el nombre de Lombardía ha conservado hasta el presente su antigua celebridad.

No nos podemos detener en discutir si el nombre de los longobardos, *lun-gobardos* ó *langobardos*, significa gentes armadas de una larga *barda* ó lanza; ó si se refiere á la comarca denominada *la larga Borda*, ó llanura situada cerca del Elba; ó si, según la opinión más corriente, procede de la longitud de sus barbas. Tampoco intentaremos defender sus costumbres contra los papas, que los acusaban de leprosos y de hediondos, pero sí debemos observar que sus leyes, sus largos vestidos de lino, el esmero con que cuidaban sus cabellos, su modo de pelear, y las palabras que de su idioma nos quedan, prueban la mucha semejanza que había entre ellos y los anglo-sajones, y desvanecen la preocupación que les da la Finlandia por patria.

La destrucción del reino de los longobardos nos induce á hablar de los *francos*, de este pueblo que cambió el nombre de la fértil y rica Galia. Muchas son las hipótesis formadas acerca del origen de este pueblo, como que se le ha supuesto oriundo de los celtas, de los cim-bros y hasta de los troyanos procedentes del Asia bajo el mando de un hijo de

Hector, no conocido de Homero; pero la única opinión admitida actualmente por los historiadores críticos le considera como una confederación de las naciones conocidas en el siglo primero con el nombre de *istevones*. No tardó en ponerse al frente de aquella liga, cuya denominación general arguye el noble proyecto de vivir ó morir libres, una tribu de catts, los *marvingos* ó merovingios, que habitaban sobre el Saale en Franconia, de donde tomaban el epíteto de *salios*. El valor de los francos obligó á entrar sucesivamente en su confederación á todos los pueblos situados entre el Weser y el Rhin, por cuyo motivo no es posible fijar con exactitud los límites de la primitiva *Francia*, llamada *teutónica* ú oriental, que lindaba al sur con los *alemanes*, al este con los *turingios*, y al norte con los *sajones* y los *frisios*. Ya en 260, los francos, unidos á los alemanes y á los *iutungos*, invadieron la Galia, y á ejemplo de los sajones y de acuerdo con ellos asolaron las costas de la Armórica con una audacia que suplía la falta de experiencia de los pueblos navegantes. No faltaron francos que, llevados prisioneros á las orillas del Ponto Euxino, se apoderaron de algunos buques, corrieron el Mediterráneo, talaron todas sus costas, pasaron el estrecho de Gibraltar, atravesaron el Oceano y dieron la vuelta á las costas de Batavia, que en una pequeña parte pertenecían á su nación. A eso del año 437, los francos se establecieron en la Galia belgíca, y sus posesiones se extendían hasta las márgenes del Soma, aunque no se sabe si la capital de esta primera *Francia gala* fué Cambrai, Arrás ó Tournai. Por lo que á nosotros hace, creemos que además del estado gobernado por Clodión y por los príncipes de la dinastía merovingia, ó, por mejor decir, *marvingia*, existieron muchos otros pequeños reinos. Las na-

ciones germánicas, confederadas con el nombre de francos, debieron conservar por mucho tiempo su gobierno primitivo, donde el jefe de cada tribu era más ó menos soberano á proporción de su poderío. En tiempo de Childerico las conquistas de los francos-marvingos ó salios se extendieron hasta Orleans y Angers; y es muy posible que las *islas de los sajones*, tomadas por aquel rey, fueron las islas de la costa meridional de Bretaña.

La bárbara política de Clodoveo ó Chludwig creó la monarquía franco-gala. Por órdenes suyas acabó el hierro asesino con las otras dinastías que reinaban en Colonia, en Cambrai y en el Mans, sobre estados particulares. Clodoveo sujeta á sus leyes la Galia todavía romana, ó sean los países situados entre el Sena y el Loira, desde Rennes y Nantes hasta las cercanías de Autun; avasalla á los bretones, somete á los *alemanes*, y echa sobre los duques de los *boioarios* ó bávaros un yugo que éstos sacudían en todas las ocasiones oportunas. Auxiliado por el fanatismo religioso de sus pueblos, aquel infatigable conquistador se enseñorea de los estados galos de los visigodos, que se extendían desde el Loira hasta los Pirineos, y únicamente les deja una parte del Languedoc ó de la Septimania, con la Provenza. El reino de Borgoña, que en 517 se extendía desde Autun hasta el centro de Helvecia, y desde el pie de los vosgos hasta Aviñón, fué hecho tributario de Clodoveo y conquistado en 534 por sus tres hijos. En 536 los ostrogodos, apremiados por Belisario, ceden á los francos, además de Provenza, la parte del reino de Borgoña que tenían en depósito, situada entre el Ródano y los Alpes. «Los reyes germanos,—dice Procopio,—ven actualmente los juegos de Grecia y de Roma en el circo de Arles.» En 630 fueron sometidos los vascones ó gascones, que por algún tiempo habían si-

do dueños de la Novempopulania, que en cambio tomó su nombre; y un siglo después, con corta diferencia, Carlos Martel arrebató la Septimania á los sarracenos, que acaban de subyugar á los visigodos. Por lo que hace á Germania, la conquista de Turingia había sido el fruto de una sola batalla, que fué ganada en 530 ó 531. Los intrépidos frisonessucumbieron igualmente á fines del siglo séptimo, y Sajonia era la única que, sometida ó libre alternativamente, pudo cortar todavía el yugo de los francos.

El pueblo que trastornaba la Europa sentía interiormente todas las calamidades que derramaba en el exterior. No tardaron los francos en unir la corrupción más profunda á la ferocidad de las naciones bárbaras; al menos este es el aspecto con que la historia nos ofrece la corte de los merovingios. Todos los vicios indistintamente ocuparon el trono que les había legado Clodoveo: el asesinato, el parricidio, el adulterio y la guerra civil comienzan ó terminan los reinados. Los patrimonios de aquella dinastía tomaron de los vicios de los príncipes un carácter particular: el recelo les impuso la ley de involucrar en tales términos las herencias, que ninguno de los copartícipes poseyera contiguo un territorio sobrado espaciado; y además la usurpación alteraba continuamente los confusos límites de aquellos estados divididos. De todo esto resulta una imposibilidad casi absoluta de terminar la extensión de los diversos reinos formados por los descendientes de Clodoveo; mas hay dos grandes divisiones que merecen nuestra atención. Los países situados entre el Mosa y el Loira llevaron el nombre de *Neustria*, formado por la corrupción de la voz *Westria*, ó parte occidental; y en sus diversas particiones las ciudades de Soissons, París y Orleans fueron de ordinario sus capitales. Metz

fué casi siempre la residencia de los reyes de *Austrasia* ó Francia oriental. El sentido de estas dos denominaciones se modificaba según los tiempos y se iba contrayendo más y más cada día: así es que la Neustria acabó por comprender tan solamente la Normandía; y el nombre de Austrasia, aplicado á veces á toda la *Francia teutónica* antigua y nueva, quedó circunscrito á una parte de la Lorena. Cuando Carlomagno se ve Rey de toda la Francia, extiende sus fronteras desde el Elba hasta Benevento, y desde el Ebro hasta las orillas del Raab en Hungría. Este nuevo imperio de Occidente estaba dividido en gobiernos, adornados con los títulos de ducados, condados y margraviatos. Pero las alteraciones geográficas posteriores á Carlomagno se verán luego más adelante.

La liga de las naciones comprendidas bajo el nombre de sajones se encontraba al sur de la de los cimbrós; así es que la Sajonia primitiva debe buscarse en el Holstein: la comarca de los *anglo-sajones* ó Anglia, situada entre Flensburg y Sleswig, parece determinar su mayor extensión del lado del norte. Ya en el siglo IV parecen haber dominado las partes septentrionales de los círculos modernos de Baja Sajonia y de Westfalia; y, como que en aquella época iban desapareciendo los nombres de las antiguas tribus germánicas, es probable que desde entonces se usaron las denominaciones de *Osfalia* y *Westfalia*, ó Sajonia oriental y occidental. Los testimonios positivos que de ello tenemos no pasan del siglo de Carlomagno. La *Osfalia* se extendía desde el Weser hasta el Elba, y comprendía además las conquistas hechas sobre los turingios; pero los países bañados por el Weser, el Ems y el Lippa, y separados del mar por las tierras de los frisones, formaban la *Westfalia*, cuyas partes inferiores llevaban el nombre

de *Engria*, que sin duda es el mismo que el de los *angrivarios*, tribu ya conocida de Tácito. El *Nord-Albingia* ó el Holstein es indicado como un *pago* ó comarca separada. Es probable que las comarcas denominadas en alemán *gau* formaban otros tantos pequeños estados confederados, y que la denominación de *Falia*, que es puramente geográfica, corresponde á la de comarca. Las fronteras entre los sajones y los francos variaron según la fortuna de las armas. Los sajones, que por algún tiempo fueron dueños de Batavia y aliados de los frisones, llegaron á ser en el siglo tercero piratas formidables. No dudamos que en aquella época el norte entero suministraba ya refuerzos á aquellas hordas marítimas, puesto que bien lo demuestran las comunicaciones subsiguientes de las naciones escandinavas y sajonas; y cuando los bretones, abandonados á su suerte por las legiones romanas, andaban en busca de nuevos señores, la Sajonia y el Quersoneso címbrico se los suministraron igualmente. Los *jutas* se establecieron los primeros en una parte de Kent en 449; los sajones fundan en 477 el estado de *Sussex* ó Sajonia del sur, en 495 el *Wessex*, y en 527 el *Essex*. Estas provincias llevaban el nombre de Sajonia de ultramar. En 547 los *anglos* desembarcaban en Bernicia, fundando posteriormente el reino de *Ostanglia*, y en 585 tiene principio el reino de *Mercia*. Estos estados forman la famosa *Heptarquía* de los anglo-sajones, donde los príncipes elegían ordinariamente entre sí un jefe supremo que llevaba el título de monarca, al paso que las asambleas de la nación eran llamadas *wittenagemot*. Las comarcas situadas al oeste del Saverna tuvieron entonces el nombre de *Pais de Gales*; porque los *welches* ó bretones antiguos que se refugiaron en él, como en la provincia de Cornualla, no eran celtas puros, sino una

mezcla de celtas, de belgas y de descendientes de los romanos.

No fueron todos los pueblos germánicos tumultuosos por igual. Los *turingios*, que á nuestro entender eran los *teuriochemas* de Ptolomeo, aunque no faltan sabios distinguidos que reconocen en ellos la tribu visigoda denominada *tervingos*, extendieron sus dominios desde las márgenes del Oder hasta el centro de Germania; y en los siglos IV y V el reino de Turingia llegaba hasta las orillas del Danubio, en las cercanías de Ratisbona. En el año 531 los sajones y los francos se repartieron la Turingia, y algunos pueblos eslavos ocuparon las tierras de allende el Elba. Entonces fué cuando el nombre de Franconia se extendió á todas las comarcas situadas sobre el Mein, y cuando el alto Palatinado de los modernos, habiendo llegado á ser en parte una posesión bávara, fué llamado *Nord-gau*. Es muy posible que los *bávaros* ó *boiovarios*, que se extendían hasta Ems y los Alpes, descendieran en parte de los antiguos *boios*. Parece que en algunos dialectos germánicos la sílaba *var*, añadida al nombre de los *boios*, ha significado *resto* ó descendiente; mas como que en Baviera no se ha conservado ninguna reliquia de origen céltico, es preciso negar que los boios fueran verdaderos celtas, ó admitir que era muy reducido el número de sus descendientes. También es posible que el nombre del país antiguamente habitado por los celtas pasara á los nuevos habitantes llegados del interior de Germania. Los boiovarios, llamados ya *bawarios* por los francos, quedaron independientes en tanto que la fortuna de los godos compitió con la de los francos; pero sus reyes se vieron avasallados por los monarcas franceses, y por consiguiente hubieron de contentarse con el título de duques. Finalmente, Carlomagno incor-

poró la Baviera á su imperio. Las fronteras de este país eran el río de Lech al oeste, la ciudad de Botzen ó *Bauzano* al mediodía, y el Danubio al norte. El término oriental variaba con la fortuna de las armas; pero Carlomagno lo extendió interiormente hasta el río Raab.

Por los años de 247 se dejó ver la liga de los *alemanes*, es decir, hombres de todas las tribus, que habitaban en el Rhin, el Necker y en el alto Danubio; mas en el siglo cuarto la *Alemannia* se extendió desde Turingia hasta Langres en Champaña. La batalla de Tolbiac, empeñada en 496, hizo vasallos de los francos á todos aquellos pueblos, de cuyo nombre la Germania entera ha sido llamada Alemania, así en francés como en italiano y en español. La historia de los alemanes, con haber sido tratada por sabios de primer orden, ofrece todavía algunos puntos oscuros: así se ignora si los *suevos* formaban solamente una de las principales tribus de la liga, ó si todos aquellos pueblos, llamados alemanes por los extranjeros, se denominaban á sí mismos *suevos*, siendo este nombre el único que se ha conservado en el país. Tampoco se ha explicado todavía el origen de los *iutungos*, que tres testimonios positivos representan como una gran nación, vecina de los *quados* y de los *sármatas*, que podía poner 300,000 jinetes en campaña; mientras otros muchos pasajes no menos auténticos hacen de ellos una tribu alemana, vecina de la Retia, que al parecer ha conservado por largo tiempo el culto de Odino. Este es un enigma histórico-geográfico que probablemente no conseguirá nunca una solución cierta.

Los *frisios* ó frisonos, cuyo nombre indica un pueblo que abre canales, habitaban en los tiempos de Augusto la Holanda propiamente dicha; mas en los siglos II y III se esparcieron desde el Escalda hasta el Weser. También to-

maron parte en la invasión de la Gran Bretaña por los sajones. En tiempo de Pepino y de Carlos Martel los francos vencieron y subyugaron esta nación, que amaba tenazmente la libertad y el culto de sus mayores; y luego Carlomagno le privó del derecho de gobernarse por sus propios reyes. Con ocasión de las guerras de este monarca con los daneses, muchos frisonos hallaron un asilo en las islas de las costas occidentales de Jutlandia. En todas estas comarcas existen todavía las reliquias de su idioma y de sus costumbres. Por espacio de diez y ocho siglos el Rhin ha cambiado su curso, y el Oceano inundado sus playas; pero la nación frisona se ha conservado en pie como un monumento histórico, digno de interesar con igualdad á los descendientes de los francos, de los anglo-sajones y de los escandinavos.

Al este de los pueblos germánicos y góticos, y á veces entre los últimos, hallamos en el siglo VI los vastos establecimientos de los *eslavos*, que muchos han considerado, sin razón plausible, como una nación procedente del Asia durante la grande emigración de los pueblos. En la actualidad está demostrado que el tronco de los eslavos está formado por los *venedas*, hacia las playas del Báltico; los *ligios*, establecidos sobre el Vístula; y los *dacios* ó *getas*, al pie de los montes Carpatos; y aun suponiendo que quepa alguna variedad sobre el número de pueblos antiguos que en aquella familia deban contarse, ó que pueda disputarse ventajosamente contra los que en ellos incluyen á los antiguos ilirios, creemos indudable que los eslavos, lo mismo que los griegos, los celtas y los germanos, han habitado en Europa desde tiempo inmemorial. Procopio, que es el primero que los ha mentado, extiende sus establecimientos desde el Danubio hasta las torres de los *varmos*, pueblo del Mecklen-

burgo; y Jornandes, contemporáneo de Procopio, comprende todas aquellas naciones bajo el nombre de *ivinidos* ó *venetos*, aunque las divide en tres grandes ramas, á saber: los *winidos* propiamente dichos, los *antes* y los *eslavinos*. Los únicos que conoce Procopio son los antes y los eslavinos; pero es probable que estos escritores se han equivocado uno y otro, puesto que aun actualmente todas las naciones eslavas, desde el mar Adriático hasta el Báltico, y desde las márgenes del Elba hasta las del Volga, se atribuyen unánimemente, aunque con diversas modificaciones, el nombre de eslavos (1).

La gran revolución europea que emancipó á los eslavos y á los wendas del yugo de los godos, les ofreció la ocasión de extender sus dominios á medida que aumentaba su número. Los restos de los getas, cuyo nombre se ha dado á conocer con frecuencia á los eslavos, huyó de las armas de Trajano, siendo probable que contribuyeran á reformar las naciones establecidas sobre el Vístula. Parece que en el siglo sexto los wendas habitaban principalmente al sur del Báltico, los eslavos hacia las fuentes del Vístula y del Óder, y, por último, los *antes*, que formaban la tercera ramificación de aquella raza, en las márgenes del Dnieper y del Dniester. Aquellos antes, que junto con los eslavos establecidos en Moldavia hacían la guerra al imperio griego, desaparecen súbitamente de la historia, por haber sido aniquilados en parte, según buen discurso, por las hordas asiáticas, y rechazados en parte al sur del Danubio, á la Panonia y al Ilírico. Aquí es donde se muestran por la vez primera las *siete tribus* de eslavos, cuya len-

(1) *Slovenes* según Nestor, autor ruso de 1,000 á 1,056; *slowinzi*, en servio, croato y demás dialectos ilíricos; *slovieni* en el de Cabrabos en Pomerania; y *slovaki*, entre los eslavos de Hungría, etc., etc.

gua, que aun en nuestros días tiene más puntos de contacto con el ruso que con el polaco ó el bohemio, prueba su parentesco con los eslavos orientales ó de Rusia. Verdad es que un emperador bizantino ha llegado á los eslavos de Iliria de las riberas del Vístula y del Óder, en donde sitúa el país de *Gran Crobatia* y *Gran Servia*, patria, según el mismo, de los croatas y de los servios de Iliria; mas esta opinión no prueba otra cosa sino que los bizantinos conocían aquellos pueblos como europeos de origen; ya que, en cuanto á los serbios, sorabos ó servios de Lusacia y de Sajonia, está demostrado que su idioma semeja muy poco al servio que se habla en las orillas del Danubio; y, por lo que hace al nombre de croatas, horvatas ó croatas, que es apelativo y significa *montañeses*, puede aplicarse á tribus del todo diferentes entre sí. Como quiera que fuese, hacia el año 620 los croatas arrebataron de los ávaros la *Dalmacia*, la *Croacia* y la *Bosnia* actuales; al paso que otras tribus eslavas dieron existencia y nombre á los pequeños estados de *Carintia* ó *Carantano*, de *Carniola*, de *Servia*, y de *Zellia* ó condado de Cilley, llamado también *Marca Veneda*, la *Esclavonia* propiamente dicha. Mezclados con los antiguos ilirios, se derramaron también por Albania y Grecia. Ciertamente no debemos pasar en silencio que no faltan razones para creer que mucho tiempo antes de la emigración de los pueblos había establecidos en aquellas regiones varios pueblos eslavos. El nombre eslavo de *carinos*, pueblo ya conocido antes del nacimiento de J. C. y que ocupaba la Carniola, demuestra, al parecer, que aquella comarca no ha mudado de habitantes; mas, sin tomar en este punto una resolución definitiva, nos contentamos con observar que la opinión de los que consideran como eslavos á los antiguos ilirios se concilia fácilmente con

los argumentos positivos que nos inducen á reputar la raza eslava como igualmente indígena de las tierras regadas por el Vístula.

Pero los principales establecimientos eslavos residieron en Bohemia, Polonia y Rusia. Los *tcheches*, que poblaron la Bohemia, deben á su situación geográfica su nombre, que significa literalmente *los de delante*, y, en efecto, Bohemia es el más occidental de los grandes estados fundados por los eslavos. Los *liaiches*, ó lecas fundaron los diversos ducados de Polonia, de la que formó parte la Silesia hasta 1163. ¿Por qué razón hemos de buscar el origen de estos liaiches hasta entre los lazios del mar negro? Mucho más natural es reconocerlos en los *ligios*, que ya se hallan indicados por Plinio en las márgenes del Vístula.

Los anales rusos del Nestor parecen, en verdad, colocar á los liaiches, que también llama *poliainas*, ó habitantes de las llanuras, en las cercanías de Kief. Es muy posible que las tribus ligias fueran rechazadas hacia el Boristenes por los godos y los gépidas, y que después de la caída del imperio de Atila regresaron á su antigua patria. Hay otras tribus eslavas que al parecer han ocupado constantemente los países situados sobre el Vístula y el Oder, pues vemos que desde el año 536 los francos atacaron á dos estados eslavos, conocidos igualmente de los escritores bizantinos.

La *Gran Crobatia* (Gran Croacia) comprendía la Bohemia, al menos en parte, la alta Silesia, y acaso también la alta Polonia. Los ávaros la subyugaron; pero *Samo*, que era un particular que se había hecho rico y poderoso por medio del comercio, emancipó á sus paisanos del yugo de aquellos bárbaros, y fundó hacia el año 623 un grande imperio eslavo. Alucinados por el nombre de croatas, algunos historiadores han circunscrito las hazañas de Samo

á la estrecha esfera de las regiones ilíricas. Sin embargo, es más probable que los *wendas-bisulcios*, sus primeros súbditos, habitaban en las orillas del Vístula, llamado por Ptolomeo *Bisula*, que en el reducido país de la Marca Veneda. Es de creer que los *belo-croatas* ó croatas blancos no diferían de los habitantes de la Gran Croacia; la pronunciación de los griegos bizantinos les hacia confundir las dos palabras eslavas que significan *grande* y *blanco*. Muerto Samo, los eslavos formaron estados pequeños, entre los cuales se cuenta la *Moravia*, ó *Mahrawania*, que llegó á ser una potencia muy respetable.

Toda la Hungría septentrional formaba parte de aquel reino que, subyugado momentáneamente por Carlomagno, quedó encerrado en el año 894 en los límites de la Moravia actual, y en 1177 pasó á ser una dependencia de Bohemia. No es tan fácil resolver en qué sitios y en qué época ha existido el reino eslavo denominado *Gran Serblia* ó Servia; pero la opinión generalmente admitida comprende bajo este nombre una parte del actual reino de Sajonia, desde el Óder hasta el Saale, país llamado todavía *Serbsko* por los eslavos de Bohemia, donde las armas de Carlomagno chocaron frecuentemente con una poderosa nación eslava ó wenda, designada en las crónicas de aquel tiempo bajo el nombre latinizado de *sorabos*.

Los wendas propiamente dichos se esparcieron por todas las comarcas que recorren el Óder y el Vístula en dirección al mar Báltico. La Lusacia ha tomado su nombre de los *lutzizos* ó *leutieios*, que eran una de las principales tribus de la nación, apellidada *wilzos* por los alemanes, y *welatabos*, ó mejor *waldawos*, en su propia lengua. Este nombre expresa su poderío, que especialmente en los siglos VII y VIII se extendía sobre el Brandemburgo, la Pomerania occi-

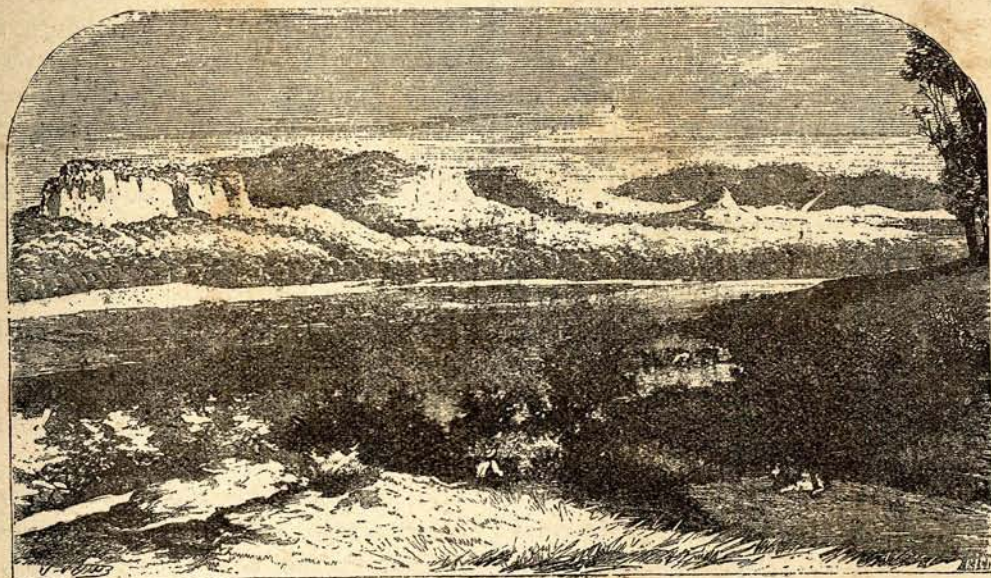
dental, y una parte del Mecklenburgo. El Óder los separaba de los pomeranos ó de los *po-morski*, es decir, pueblos marítimos; el río de Havel servía de límite entre ellos y los sorabos ó serbos, y su capital se llamaba *Rhetra*. Una de sus tribus, los *ukeranos*, ha dejado su nombre á la provincia de *Uker-mark*, nombre compuesto de una voz eslava y de otra alemana, que ambas á dos significan frontera. Los *obotritos*, que en la geografía de Alfredo son denominados *afdrede*, ocupaban el Mecklenburgo; y en el siglo XI sus reyes alcanzaron alguna celebridad. Los obotritos, recibieron en parte el sobrenombre de *Po-labos*, por el Elba, que en eslavo se llama *Labo*.

En la época de la grande emigración de los pueblos, las naciones sarmáticas de Prusia y de Lituania no experimentaron revoluciones bastante ruidosas para ser dignas de la mención histórica. Los *estios* enviaron al gran Teodorico una embajada con un presente de ámbar amarillo. Los samogitios ó *szamaitas* han conservado, al parecer, el nombre genérico de sármatas; los *gatindas* quedaron en la parte de Prusia que lleva su nombre; y los *vidionarios* ó *widivarios*, que habitaban hacia las bocas del Vístula, eran probablemente un resto de los godos. Pasemos, sin embargo, en silencio estas oscuras regiones para seguir las emigraciones de los eslavos al este de Europa. En una época, de que no hay noticia, una nación de aquella raza fundó la ciudad de Kief sobre el Dnieper, y otra de la misma raza fundó la Novogorod en las márgenes del lago Ilmen. Por los años 850 unos escandinavos llamados *variegos*, y mandados por Rurik, se enseñorearon del estado de Novogorod, y confundidos con los eslavos formaron un pueblo conocido posteriormente con el nombre de *rusos*. Los conquistadores escandinavos siguieron el curso del Borís-

tenes, avasallaron igualmente el estado de Kief, é hicieron penetrar hasta Constantinopla el estruendo de sus armas victoriosas. Las invasiones de los pueblos del norte, según la idea que nos sugiere esta excursión, que fué todavía mucho más rápida que la de los godos, no eran precisamente emigraciones, para las que el norte sólo hubiera sido insuficiente, si-

no empresas militares por cuyo medio las naciones más industriales y pacíficas, establecidas en Sarmacia, abrían una senda fácil á los atrevidos hijos de Odino.

Al este de aquellas vastas comarcas, en donde los godos, los hunos, los sármatas y los eslavos luchaban, se cruzaban ó se perseguían unos á otros, vivían los restos de los escitas de Europa, conoci-



dos bajo el nombre moderno de naciones finnesas. La actual mansión de los lapones, de los finneses, de los permios, de los tchenemisos y de las otras naciones comprendidas en esta raza, indican bastante la antigua extensión de las tierras que ocuparon desde el mar Glacial hasta el Volga y hacia el mar Caspio. Al sur de las naciones finnesas, hacia el lago Aral, y al pie del monte Altai, vivían los *turcos*; y á la mayor distancia en dirección al centro del Asia los *iguaves*, que verosíblemente son restos, unos y otros, de los escitas del Asia. De este mundo, casi desconocido á los griegos y á los romanos, sin exceptuar á los de Bi-

zancio, salió en el siglo VI un nuevo enjambre de bárbaros, conocidos con los nombres de *búlgaros*, *ávaros*, *chazaros*, *ugros*, *húngaros* y otros. Jamás han podido estar acordes los sabios acerca del origen de aquellas hordas, que, según toda probabilidad, eran una mezcla de tribus finnesas y turcas.

Los *búlgaros*, que, al decir de los autores bizantinos, venían á ser una rama de los ugros, aunque presentan muchos más puntos de contacto con los turcos, tomaban á buen seguro su nombre del río en cuyas márgenes habitaban desde su origen. Su primera patria, ó *Gran Bulgaria*, era regada por el Volga, y cerca

de Kasán se muestran todavía algunos escombros de su capital. En seguida se establecieron en las orillas del Kuban, y por último cerca de las márgenes del Danubio, donde subyugaron por los años 500 á los eslavos servios establecidos en la parte baja del curso de este río. Sometidos posteriormente por los ávaros, sacudieron el yugo en 635, y entonces comprendieron en su imperio á los *cuturgoros*, que eran restos de los hunos, establecidos en las cercanías del Palus Meótides. La Bulgaria danubiana, que era una desmembración de aquel vasto estado, se hizo temible por mucho tiempo al imperio bizantino.

Al par de los búlgaros, aparecen los *valacos*, valadios ó valochos, que eran una mezcla de antiguos getas ó dacios y de colonos romanos, como lo demuestra su idioma, derivado del eslavo y del latín. Habiéndose refugiado en los valles del monte Hemo, aquellos pueblos volvieron, por las vicisitudes de los tiempos, á sus antiguas moradas, donde fueron esclavos de varias naciones sucesivamente, no formando estados independientemente hasta el siglo XIII. Otros quedaron al sur del Danubio, y se diseminaron hasta en la misma Grecia.

Los ávaros, á quienes de Guignes se complace en suponer oriundos de las fronteras chinas, parecen ser los *aorsos* de la geografía antigua. Habiéndose mostrado al principio como enemigos de los *sabiros*, pueblos del Cáucaso, marcharon hacia el Danubio, y saquearon la Tracia en 474. Después de haber vencido á los gépidas, establecieron un reino en 566 en la Dacia y en la Panonia, de donde pasaron á talar toda la Alemania meridional, y fueron denominados *hunos-ávaros*, ya por razón de su barbarie, ya por haberse confundido con algunos restos de las hordas húngicas que vivían en el país de *Hunnivar* ó en la alta Hungría.

Verdad es que muchos autores de la edad media los consideran como verdaderos hunos; mas como los historiadores bizantinos aseguran que los ávaros llegados á Europa no eran sino ugros, que antiguamente estaban sujetos á los verdaderos ávaros, nos es imposible prescindir de la duda ó de la incertidumbre.

El imperio de los chaganes, ó príncipes de los ávaros, se extendía desde el mar Adriático hasta el Ponto Euxino, abrazando una gran parte del curso del Danubio y del Vístula. Sus correrías alcanzaban hasta Turingia. En sus *ringi*, ó campos atrincherados, estaban acumuladas las riquezas de veinte comarcas, pero no conservó por mucho tiempo aquel pueblo de bandidos su funesto poder. Excesivamente extenuada por las guerras con los búlgaros, la *Hunavaria* sucumbió en 796 bajo el peso de las armas de Carlomagno; y habiendo quedado reducido á la Dacia, fué durante el siglo IX víctima de los morabios y de los patzinakitas.

Los *chazaros*, llamados también *ugros blancos* por los historiadores bizantinos, aparecieron por la vez primera entre el mar Caspio y el Palus Meótides. Cuando se vieron libres del yugo transitorio de los hunos y de los búlgaros, extendieron su dominación hasta el río Theiss, y durante los siglos VII y VIII fueron la nación preponderante de esta parte del mundo. Enemigos de los persas, y luego de los árabes, se constituyeron en poderosos aliados del imperio bizantino; pero por los años 884 los patzinakitas empezaron á minar su pujanza. Hasta el siglo XII la península de Táurida, que en la actualidad se llama Crimea, conservó el nombre de *Chazaria*.

Los *ugros*, cuyo nombre se escribe también *húngaros*, *onoguros*, *hunúgaros* y *unnugúnduros*, pero que se llamaban á sí mismos *magiares*, del nombre de la

principal de sus tribus, vivían en el siglo V en las tierras cercanas á las fuentes del Volga, en una comarca que hasta el siglo XIII conservó el nombre de *Grande Hungría*. En los siglos VII, VIII y IX se aproximaron á las orillas del Don y del Palus Meótides, y permanecieron algún tiempo en los desiertos situados al sudoeste de Astracán, donde se ven todavía los escombros de una ciudad denominada *Madchar*; mas no puede asegurarse si existe precisamente en aquellas regiones la comarca *Lebedias*, de donde salieron en el siglo noveno para dirigirse á los montes Carpatos, primero como auxiliares de los eslavomoravios contra los alemanes, y luego como aliados de Arnulfo, Rey de Germania, contra Moravia. Lo cierto es que acabaron por apoderarse del dilatado país que todavía lleva su nombre, y desde donde sus sanguinarias hordas se arrojaban á Alemania y á Ita-

lia. Algunos los confundieron con los ávaros, á quienes también se había confundido con los hunos; mas ¿cómo es posible que el húngaro, de elevada talla, de noble y grave porte, pueda descender del informe y repulsivo huno ó mogol? La lengua húngara, que tiene mucha semejanza á la turca y con las demás lenguas orientales, se parece á las lenguas finnesas en sus caracteres más esenciales, y prueba, por consiguiente, que los húngaros son oriundos de una mezcla de turcos ó tártaros y de finneses.

Aquí termina, al menos para Europa y por algunos siglos, esta inmensa serie de hordas bárbaras, parecidas á las nubes preñadas de rayos y envueltas unas en otras por el ímpetu de los vientos, precipitándose de los desiertos del norte y del oriente para caer en las fértiles regiones del occidente y del mediodía.

